

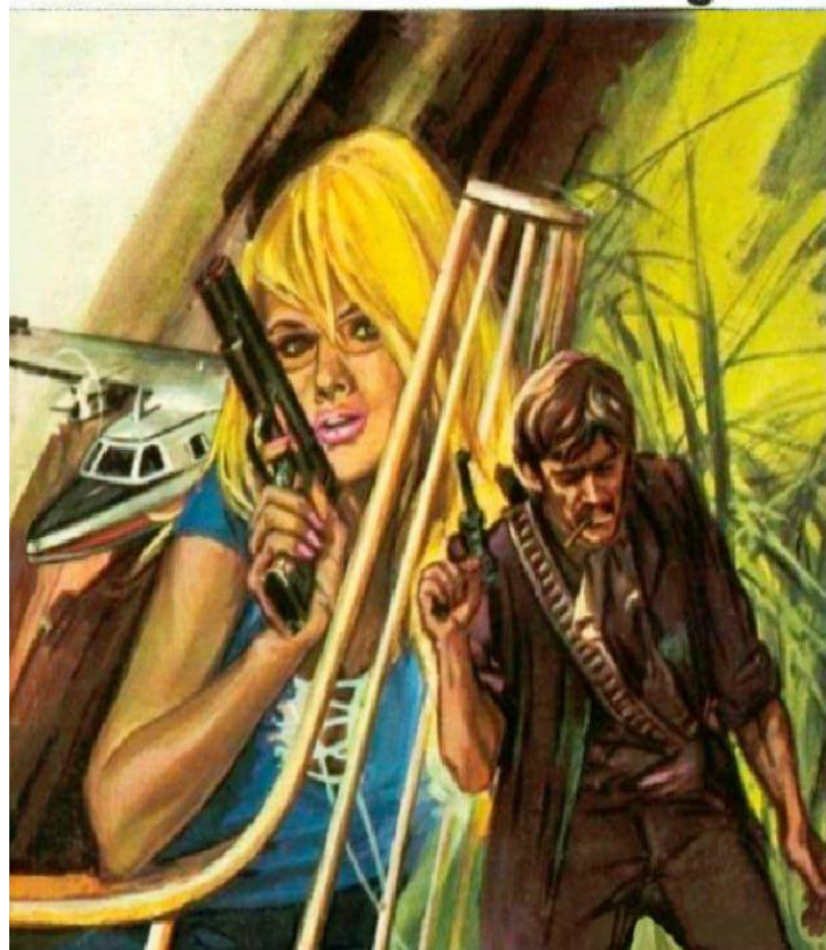
BOULEVARD BRUQUER

PUNTO

ROJO

VIEJOS TIEMPOS, NUEVOS TIEMPOS

Lou Carrigan



COLECCION

PUNTO ROJO

PUNTO
ROJO



LOU CARRIGAN

VIEJOS TIEMPOS, NUEVOS TIEMPOS

Colección **PUNTO ROJO** n.º 806
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 29.893 - 1977

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición en esta colección: octubre, 1977

© Lou Carrigan - 1973

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1977

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección LA HUELLA:

140 — Tempestad en un vaso de agua.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

351 — Matanza para un hombre solo.

En Colección ARCHIVO SECRETO:

206 — Parálisis.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

286 — Si vas por el camino del diablo.

En Colección PUNTO ROJO:

804 — ...Y en polvo te convertirás.

CAPÍTULO PRIMERO

Sin brusquedades ni malos modales, pero con evidente disgusto, la policía le devolvió a Charles Wendell sus cosas, y con un gesto, le dieron a entender claramente que nada más tenía que hacer allí; la fianza había sido pagada, de modo que podía marcharse.

—Lo que le agradeceríamos, Wendell —dijo el teniente Morgan—, sería que intentase marcharse de Nueva York.

—¿Me lo agradecerían? —se sorprendió Wendell.

—Seguro que sí, porque tendríamos motivos para volverlo a encerrar... Y entonces no valdrían las fianzas.

—Entiendo —sonrió torcidamente Wendell—. Pero no les daré ese gusto, teniente; permaneceré en la ciudad. ¿Algo más?

Morgan frunció el ceño, y ni siquiera contestó. Charles Wendell saludó con la mano, y salió al vestíbulo. El sargento de guardia le dirigió una mirada fría, impenetrable, pero siguió atendiendo el asunto que le exponía un agente de la policía y una pareja que no parecía estar muy conforme con haber sido llevados allí. Había otro agente cerca de la puerta.

Y además, sentado en uno de los bancos, un individuo, que dejó pasmado a Wendell cuando se puso en pie, tal era su estatura. Pero lo más impresionante de aquel hombre era su rostro, seco, anguloso, en el que tenían especial relieve los ojos, negros y fijos, como si se clavasen en lo que miraban; y la boca, delgada, ancha, prieta, dura.

Este hombre se acercó a Wendell, mirándolo de aquel modo fijo, taladrante.

—¿Charles Wendell? —preguntó.

—Sí... ¿Qué quiere? ¿Es un periodista? Ya dije...

Dejó de hablar, para contemplar lo que el sujeto de la boca hermética acababa de colocar ante sus ojos; un estuche de piel que contenía una tarjeta identificadora y una placa.

—Soy London Biddiscomber, del FBI —se presentó—. Me gustaría charlar con usted unos minutos.

Wendell, que había palidecido ligeramente, musitó:

—No tengo nada que decirle al FBI.

—Estoy convencido de todo lo contrario —replicó sin alterarse London Biddiscomber—. Además, yo quiero hablar con usted. Vamos a sentarnos.

—Usted no tiene derecho a obligarme a...

—No estoy hablando de derechos, sino de que yo quiero hablar con usted, Wendell. A menos que prefiera volver a su celda.

—¿Por qué motivo me encarcelaría? No he hecho nada que...

—No lo ha hecho, pero lo va a hacer inmediatamente si no accede a mis deseos.

—No pienso hacer nada que justifique mi encarcelamiento.

—¿Se apuesta algo a que sí? Mire, sólo tengo que darle un tortazo, Wendell, y decir que usted me ha agredido. Doble contra sencillo a que los agentes de la policía me agradecerían el favor... ¿Lo entiende?

Charles Wendell lo entendía perfectamente. En verdad, la suposición de que un hombre como él, más bien pequeño, y con más de cincuenta años, agrediese a un sujeto de poco más de treinta y que le llevaba la cabeza, parecía descabellada. Pero... ¿a quién iban a creer? ¿A Charles Wendell... o a un agente especial del FBI?

Hosco el gesto, Wendell fue a sentarse al banco, y London Biddiscomber, impávido, lo hizo a su lado. Encendió un cigarrillo, sin ofrecer a Wendell, y se lo quedó mirando, entornados los negrísimos ojos.

—Está bien. ¿Qué es lo que quiere usted? —Se impacientó el hombrecillo.

—Su colaboración para conseguir un punto de ataque contra la ABC.

—¿La qué?

—Vamos, no se haga el idiota. La ABC, o sea, la Asociación de Buenos Comerciantes.

—No sé de qué me habla.

Un ramalazo de frío pasó, veloz, por los ojos del agente del FBI. Pero su voz sonó tranquila, calmada.

—La ABC, como usted sabe es esa nueva, modernísima

organización que se rige por viejos moldes de gangsterismo. Hace tiempo que el FBI está tras ella, sin resultados. Ahora, debido a los últimos sucesos, que usted no puede decir que ignora, pensamos que quizá encontremos un resquicio. Usted trabaja para Sidney Harrison. ¿No es así?

—Sí... Sí, es cierto.

London Biddiscomber asintió con un gesto.

—Tenemos motivos para sospechar que parte de las actividades de la ABC emanan de la compañía de Sidney Harrison. Ahora, usted, debido a lo sucedido, se ha puesto en evidencia como uno de los hombres que, además de su... empleo digamos normal en esa compañía, realiza trabajos extras para su jefe, el señor Harrison. Está usted en un buen lío, Wendell. Ciertamente, comprendo que no va a resultarle fácil colaborar con el FBI en contra de su jefe, pero le garantizo que sería un buen negocio para usted. Si nos ayuda, el FBI tendrá motivos para estarle agradecido... y eso no es poco.

—Mire, Bicom... Bisdis...

—Biddiscomber.

—Eso es. Pues, mire, usted está loco, me parece a mí. No entiendo nada de lo que está diciendo.

—Puedo aclararle todos los puntos que desee.

—No me interesa nada de lo que usted diga. Déjeme en paz, no sé nada de nada, ni el señor Harrison tiene nada que ver con lo que me ha sucedido.

—¿No? Bueno, Wendell, ¿quién diría usted que ha pagado su fianza?

—No sé.

—¿No lo sabe? ¿No se ha preocupado por averiguarlo?

—No.

—Me sorprende. Pero, en fin, se lo diré; la ha pagado naturalmente Sidney Harrison.

—Tonterías.

—Puede comprobarlo.

Charles Wendell vaciló y acabó moviendo negativamente la cabeza.

—No tengo que comprobar nada. Sé que no ha sido él.

—¿Quién cree usted que puede haber sido, entonces?

—Oiga, no quiero hablar más con usted... Voy a marcharme de

aquí, eso es todo. Y si quiere hacer su truco para que vuelvan a meterme ahí dentro, pues hágalo. Haga lo que quiera, pero yo no pienso seguir hablando con usted. Así que...

Inició el gesto de ponerse en pie. Pero una mano de London Biddiscomber, enorme, se posó en su brazo, y Wendell tuvo la impresión de que unos cables de acero le estaban triturando el brazo y dispuestos a clavarlo al banco. No se movió ni media pulgada.

—Wendell —deslizó fríamente el *G-man*—, voy a darle una pequeña explicación acerca de mi intervención en este asunto. Por lo general, mis actividades dentro del FBI son diferentes, ya que mi especialidad es la criminología; lo cual implica que todos estos sucios y ramplones asuntos de gangsterismo me tienen completamente sin cuidado. Usted y yo y otras muchas personas, sabemos que existe la ABC que es una... asociación en efecto, que encuadra toda una serie de actividades ilegales por medio de poderosas compañías que, aparentemente, están dentro de la más estricta ley. Como es lógico, hay un jefe y unos asociados importantes, categorías dentro de esta banda elegante de sinvergüenzas, ladrones y canallitas de toda clase. No le voy a preguntar quién es el jefe de la ABC, ya que eso sí estoy seguro de que lo ignora usted. Pero también estoy seguro de que podría decirme cosas de Sidney Harrison que me ayudarían a echarle el guante. Y una vez louviésemos a él en el cepo, lo demás vendría solo. Sería como quitar una naranja de la base de una gran pila; las demás naranjas rodarían por el suelo. ¿Me estoy explicando bien?

—Sí. Y me parece que al señor Harrison no le gustaría saber que usted le está comparando con una naranja.

—Buen chiste —se estiró la fina boca del *G-man*—. Veo que conserva el humor, Wendell.

—¿Puedo marcharme ya?

—Todavía no. Quisiera explicarle ahora las cosas de modo que usted entienda mi postura. Como le decía, a mí, todo eso de la ABC me ha tenido siempre sin cuidado; son pequeñas porquerías de las que se encargan compañeros más adecuados que yo para esos trabajos. Y si no hubiese sucedido lo de usted, yo seguiría dedicado a trabajos relacionados con asesinatos.

—¡Yo no tuve nada que ver con todo aquello! La prueba está en

que han aceptado la fianza. Y usted sabe que si tuviesen la más pequeña prueba de...

—Tranquilo. Tranquilo, Wendell... Además, estoy hablando yo... Y le digo que usted sí tuvo que ver con aquello. Yo he analizado detenidamente el asunto, y he llegado a la conclusión acertada. Es decir, la misma conclusión que obtuvo la policía: usted estaba metido en aquella acción.

—¡Yo sólo iba con mi coche por...!

—Si vuelve a interrumpirme, le parto la cabeza, Wendell —la boca de London se plegó con tal dureza que sobresaltó al hombrecillo—. Ya le digo que no estoy investigando asuntos de pequeñas porquerías, así que voy a llegar al fondo de este asunto, partiendo de donde sea: de usted, de Sidney Harrison, o del mismísimo demonio. ¿Y sabe por qué, Wendell?

—No.

—Por la niña.

Charles Wendell quedó lívido.

—¡Yo no tuve nada que ver con aquello! ¡Ni con nada! ¡Ustedes están utilizando una casualidad para hundirme!

—Vamos, vamos —masculló London Biddiscomber—. ¿Cree que el FBI se ha movilizado para hundirle a usted? No sea vanidoso, Wendell. Usted es sólo una... ratita sin importancia, hombre. Pero una ratita que sabe muchas cosas, y yo quiero que me las traspase... Hagamos un trato, Wendell: conteste a una sola pregunta, y yo le garantizo protección y todo lo que necesite.

—¿Qué pregunta?

—Lo hicieron dos sujetos —el rostro de London parecía de piedra—. Dígame sus nombres, Wendell. Sólo eso.

—No lo sé —jadeó el hombrecillo—. Le juro que no sé nada sobre eso.

—¿No sabe nada sobre eso? Bueno, mi paciencia es infinita cuando conviene, así que se lo explicaré; hace dos días, unos ricos comerciantes de la ciudad salían de una cafetería conversando. Eran dos hombres. De pronto, delante mismo de ellos, junto a la acera, se detuvo un coche, y en las dos ventanillas de ese lado, como en los malos y viejos tiempos, aparecieron dos metralletas de la más moderna factura. Los ricos comerciantes, llamados Keller y Barrow, se dieron cuenta, e intentaron regresar a toda prisa al interior de la

cafetería... Pero, supongo yo que esos dos pobres caballeros se habían ganado la ira de la ABC por negarse a integrarse en ella o algo parecido, y la orden tenía que ser cumplida, había que matarlos, que dar una buena lección que serviría a todos. Así que los dos sujetos que estaban en el coche, no vacilaron. Justó entonces una señora ya mayor, pasaba por allí delante con su nieta, una niña de siete años. Para su desgracia, estaban de lleno en la línea de tiro...

London Biddiscomber dejó caer el cigarrillo y lo aplastó. Luego, se pasó una mano por la boca, mientras sus ojos le parecieron a Wendell más taladrantes que nunca.

—En tales condiciones, lo sensato era no disparar —siguió el *G-man*—. Ante todo, desde luego, porque era inevitable que las balas alcanzasen a la niñita y a su abuela. Hace falta un corazón muy duro para disparar en esas condiciones, Wendell. Y además, un mínimo de inteligencia haría comprender que, precisamente la niña y su abuela, al recibir la mayor parte de las balas, podían salvar a los dos sentenciados. Así que lo más inteligente habría sido no disparar y esperar otra oportunidad para... cargarse a Keller y Barrow... ¿No está usted de acuerdo?

—No... no sé —jadeó Wendell—. Yo no entiendo de esas cosas.

—Yo sí. Bajo todos los puntos de vista, lo mejor era no disparar. Y sin embargo, aquellos dos sujetos lo hicieron... Como la vida tiene estas cosas, la abuelita parece que se va a salvar, pero la niña murió en el acto, acribillada, destrozada, antes incluso que las dos víctimas elegidas por la ABC. Barrow y Keller murieron y eso habrá alegrado a ciertos caballeros, supongo. Y se sentirán muy satisfechos hasta que yo, que he pedido el caso a mis jefes, los encuentre. Fueron unos asesinatos brutales los tres. No sé qué habrían hecho Keller y Barrow, pero... ¿y la niña? Tenía siete años, Wendell y me dicen que era una pelirroja preciosa... Debía serlo, sin duda, pero yo sólo vi un cuerpecito destrozado, ensangrentado. Un cuerpecito de siete años que...

—¡No quiero escucharle! —aulló Wendell, demudado el rostro, y poniéndose en pie de un salto—. Déjeme en paz, no quiero saber nada de usted, no quiero verlo nunca.

Todos los presentes miraban hacia ellos, expectantes, sin comprender lo que ocurría. London Biddiscomber, todavía sentado,

alzó su mirada hacia el hombrecillo.

—Dígame sólo esos dos nombres, Wendell.

—No lo sé, no sé nada, no conozco a esos hombres.

—Los debe conocer muy bien, porque los ayudó a escapar.

—¡No! ¡Mentira!

—No es mentira. Después de disparar, los dos asesinos se lanzaron a toda velocidad, doblaron la primera esquina... y allí estaba usted, con su coche, que se había... averiado justo después de pasar el otro coche. Una avería muy inoportuna para la policía, que tras su meritoria aparición velocísima, no pudo emprender la persecución porque usted había bloqueado la entrada de la calle. Cuando apartaron el coche, el de usted, el otro ya había desaparecido. ¿No sucedió así?

—Sí, sí, sí. —Wendell se pasó el pañuelo por la frente y el cuello—. ¡Pero yo estaba allí por casualidad!

—¿También era casualidad que los dos hombres muertos a balazos, Ira Keller y Samuel Barrow fuesen rivales casi enemigos en los negocios de Sidney Harrison?

—No sé... ¡No lo sé!

—Yo me resisto a creer en todas esas casualidades. Mi objetivo final es Harrison, por dar la orden de asesinato. Pero, Wendell, de eso se encargan también algunos compañeros míos... Yo voy detrás de los dos hombres que dispararon. Sus nombres. Sólo sus nombres, Wendell, y he terminado con usted, no le molestaré más.

—No lo sé. —Charles Wendell, gimoteando, parecía a punto de desmoronarse, de rodar por el suelo—. No lo sé, no lo sé, no lo sé... ¡Déjeme en paz! Quiero marcharme y usted no tiene derecho a retenerme. ¿Me oye? ¡Quiero marcharme!

—Pues márchese —murmuró London—. Y cuando le vayan a matar recuerde que le ofrecí una oportunidad. Adiós, Wendell.

Éste estuvo todavía mirando con expresión desorbitada al *G-man*, como si las palabras de London Biddiscomber hubiesen abierto su mente a toda una serie de posibilidades hasta entonces insospechadas.

De pronto, dio media vuelta y se lanzó hacia la puerta, abandonando el Police Department.

Durante unos segundos, London permaneció inmóvil, con la mirada fija en la puerta. Luego, encendió otro cigarrillo, se puso en

pie, y salió a la calle. Sin reparar en la fina llovizna que convertía las calles en espejos para los anuncios luminosos, fue hacia un coche estacionado en doble fila, y se sentó junto a su compañero Eddie Garvan, que estaba poco menos que saltando en el asiento.

—¡Pero hombre, ha salido hace unos quinientos años, se ha largado ya, no podremos...!

—Déjalo.

—¿Dejarlo? Pero London, créí...

—Está tan aterrado que no conseguiremos sacarle ni una palabra. ¿Hacia dónde ha ido?

—Lo estaban esperando, con un coche, un tal Jack Fisker.

—¿Quién es ese Fisker?

—Un empleado de Sidney Harrison; trabaja en una de sus compañías.

London Biddiscomber se mordió los labios.

—Van demasiado de prisa —murmuró—. Me parece que debí retener a ese desdichado.

—¿Qué quieres decir?

—¿Te han visto ellos a ti? —preguntó a su vez London.

—No lo creo. Con esta llovizna fría, los cristales de los coches se empañan por dentro, así que Fisker no ha podido verme. En cuanto a Wendell, salió corriendo, sin mirar a ningún lado. Tuvo que ser Fisker quien saliese del coche y lo llamase... Se fueron inmediatamente. Creí que saldrías detrás de Wendell, así que puse el motor en marcha, pero... ¿Crees que le van a dar el... paseo?

London Biddiscomber miró con amable ironía a su compañero.

—Hombre, Eddie, ahora no se dice así; se dice que a un tipo hay que «difuminarlo».

Garvan sonrió de oreja a oreja.

—Pues no creo que les costase mucho difuminar a Wendell. Es tan pequeñito...

—Llévame a mi casa, ¿quieres? Voy a ver si logro dormir unas horas. Desde que vi el cadáver de esa niñita no he podido pegar ojo.

Abrió la puerta del apartamento todavía con los ojos cerrados; le parecía que los párpados se le habían convertido en plomo.

Y oyó:

—Adivina a quién han «difuminado» esta noche, London.

Los párpados de London Biddiscomber dejaron de ser

inmediatamente de plomo. Había conseguido dormirse hacia las tres y media de la madrugada, después de estar más de tres horas tomando notas y proyectando su acción para el día siguiente. Día que ya había llegado, pues eran las siete y media de la mañana.

—A Charles Wendell —dijo.

—Frío, frío... A Jack Fisker.

—¿A quién?

—A Jack Fisker, el sujeto que anoche recogió a Wendell a la salida del Police Department.

—¿Lo han matado... a él?

Eddie Garvan entró en el apartamento, cerró la puerta, y se quedó mirando a su altísimo compañero en pijama.

—Lo han encontrado hace como una hora, por casualidad al parecer, tirado en un lado de una carretera... Un solo balazo, casi a quemarropa, aunque yo diría más bien a quemacarne, debajo de la barbilla. Dicen que ha quedado muy feo.

—¿Y Charles Wendell?

—Ni rastro. ¿Tú crees que eso tiene sentido?

—Puede tenerlo... Sacan a Wendell de la cárcel para matarlo, encargan de eso a Jack Fisker... éste se lleva a Wendell por ahí para cumplir la orden... y cuando va a matar a Wendell, es Wendell quien le mata a él.

—Como teoría la apunto en mi agenda. Pero te pregunto; ¿te parece que Wendell tenía agallas o capacidad para una reacción así?

—Para conservar el pellejo, Eddie, todos tenemos agallas y capacidad, sea como sea.

—De acuerdo. ¿Vamos a verlo a la Morgue?

—¿A Jack Fisker? ¿Para qué? Dudo mucho que pueda decirnos nada. En cambio, los vivos sí pueden decirnos muchas cosas.

CAPÍTULO II

—El señor Harrison lo recibirá en seguida, señor Biddiscomber —aseguró la estupenda secretaria, apañás salir del despacho de su jefe.

London asintió con la cabeza, y se acomodó en uno de los superconfortables sillones del antedespacho. Viendo cómo estaba decorado y amueblado aquello, era fácil imaginarse cómo sería el despacho privado de Sidney Harrison...

El *G-man* oyó el zumbido del intercomunicador, y en seguida una voz de hombre.

—Julie, tráigame lo más urgente, por favor... Y que pase el señor Biddiscomber.

—En seguida, señor Harrison.

La morenita tomó la carpeta, se puso en pie, y le hizo la sonriente seña a London, que se reunió con ella delante de la imponente puerta forrada de piel. Ella llamó con los nudillos, abrió, y se apartó, pero London señaló el interior con cortés ademán. La morenita sonrió, pasó primero, esperó a que lo hiciese London, y cerró la puerta. Be espaldas a ésta, el *G-man* observaba inexpresivamente al hombre que tenía ocupado al FBI hacía meses, y a él, de lleno, durante casi tres días.

Sidney Harrison era alto, macizo, fortísimo, quizá algo tosco, Pero su mirada era inteligente y viva, su aspecto muy deportivo, sus ropas de excelente calidad y corte... Unas cuantas canas en las sienes debían convertirlo poco menos que en irresistible para cualquier secretaria.

—Buenos días —saludó—. ¿Quiere sentarse, por favor, señor Biddiscomber? Le atenderé inmediatamente.

London asintió con la cabeza, murmuró un «buenos días», y ocupó uno de los sensacionales sillones anatómicos colocados delante de la mesa de Harrison, el cual despachó velozmente con su

secretaria los asuntos más urgentes. Mientras tanto, London se convencía de que, efectivamente, el dinero puede ser una de las cosas más agradables del mundo, mirando a su alrededor. Todo era allí carísimo, lujoso; cuadros, alfombras, muebles, librería... Todo.

La secretaria salió por fin, dirigiendo una mirada de reojo al *G-man*. Cuando la puerta se hubo cerrado, Harrison dijo:

—Me dice Julie que es usted agente del FBI.

—En efecto.

—¿Puedo ver sus credenciales?

London alzó las cejas, momentáneamente sorprendido. Pero en el acto, sacó su estuche de piel, y lo tendió a Harrison, que lo examinó todo con atención, sin prisas. Y desde luego, sin nerviosismo alguno, con un aplomo formidable. Lo único que no se podía dudar de aquel hombre era que tenía una gran seguridad en sí mismo. Y que, al parecer, no temía nada de nadie. Reposado, no apático; serio, no hostil, tranquilo, no despectivo.

Devolvió la credencial al *G-man* y se quedó mirándole.

—¿Satisfecho, señor Harrison?

—Desde luego. ¿En qué puedo servirle?

—En realidad, he venido a darle cuenta a usted de una mala noticia, que creo que es mi deber, habido cuenta de que desconocemos datos familiares de Jack Fisker.

—¿De quién?

—De Jack Fisker... ¿No sabe quién es?

—No.

—Pues a mí me consta que es uno de sus empleados.

—Ah... Oh, bien, entiendo. Pero, señor Biddiscomber, en mis empresas hay muchos empleados. Hago lo posible por ser un buen patrono, pero no es fácil saber de memoria los nombres de todos los que trabajan para mí. ¿Qué mala noticia es la suya?

—Esta noche han matado a Jack Fisker de un balazo en la garganta... justo debajo de la barbilla.

Por un brevísimo instante, hubo en las sólidas facciones de Sidney Harrison una crispación, un gesto de dureza. Pero ni siquiera parpadeó. Se inclinó hacia el intercomunicador, bajó una de las palanquitas, y en el acto sonó una voz de hombre en el aparato:

—Hola, Sid... Muy temprano has venido hoy.

—¿Temprano? Son casi las nueve y media... Oye, Dick, ven a mi

despacho, ¿quieres? Y trae las listas de todo nuestro personal.

—Voy ahora mismo.

Harrison subió la palanquita.

—Pronto sabremos si realmente ese hombre trabajaba para mí —musitó—. Y le daré todos los datos que tengamos de él, por si pueden resultarle útiles, desde luego. Ha sido usted muy considerado al venir aquí, señor Biddiscomber.

London apretó los labios. Bueno, no debía sorprenderse demasiado; el cinismo era una de las más poderosas armas de la gente de la calaña de Harrison. El cinismo, el dinero... y el poder dan infinitos resortes ilegales, subterráneos, que los ponían a cubierto de muchas dificultades.

—Comprenderá que hay que llevar a cabo determinadas diligencias —contestó afablemente—. Dígame, señor Harrison. ¿Tampoco sabe si Charles Wendell trabajaba para usted?

—Ah, sí... Wendell, sí. Precisamente, hace tres días tuvo una dificultad, así que recuerdo bien su nombre.

—Supongo que Wendell debe ser un buen empleado.

—Pues no sé —se sorprendió Harrison—. Yo espero que todos mis empleados sean buenos, naturalmente.

—Lo bastante buenos, al menos, para que esté justificada una fianza de veinticinco mil dólares.

—¿Una qué?

—Una fianza de veinticinco mil dólares. ¿No la recuerda?

—En absoluto. Todo lo que sé es que tengo dadas órdenes en el sentido de que no quiero que ninguno de mis empleados pase por la más pequeña dificultad. A tal fin... Ah, Dick, pasa —la puerta de la derecha se había abierto, y un hombre de unos treinta y cinco años, rubio, de aspecto simpático y activo entró en el despacho tras ligera vacilación—. Te presento al señor Biddiscomber, agente del FBI. El es Richard Potters, vicepresidente de la compañía y amigo personal... Un gran cerebro, señor Biddiscomber.

—Ya imagino que usted prefiere rodearse de lo mejor —deslizó el *G-man*—. ¿Cómo está, señor Potters?

Éste, que contemplaba con expresión de hostilidad mal disimulada a London, encogió los hombros coa gesto brusco.

—Bien —masculló.

Harrison sonrió amablemente.

—Disculpe a Dick, señor Biddiscomber. Sucede que últimamente, tenemos noticias de que el FBI la ha tomado con nosotros, y eso lo tiene un poco... irritado.

—¿Y usted no está... irritado, señor Harrison?

—¿Yo? —La sorpresa pareció ser mayúscula para Sidney Harrison—. En absoluto. Si el FBI siente interés por mí, es cosa de ustedes. Yo tengo otras muchas cosas en qué pensar. No creo necesario explicarle que soy presidente de varias compañías, y atender esa simultaneidad de cargos requiere no poca atención, se lo aseguro. De modo que procuro no distraerme coa pequeños sucesos que se desarrollan a mi alrededor. A ver... dame esas listas, Dick.

—Si me dices lo que buscas, te ahorraré tiempo.

—Buena idea. Busca a Jack Fisker.

—Bien. ¿Qué pasa con él? —preguntó Potters, ya pasando hojas.

—El señor Biddiscomber ha venido a decirnos que lo han matado esta noche, de un balazo en la garganta... Justo debajo de la barbilla.

Potters, que había respingado, se quedó un par de segundos mirando a London. Luego, rápidamente, localizó lo que les interesaba.

—Sí... Aquí está, Sid.

—Entonces, es cierto que trabajaba para nosotros.

—Desde luego. En la sucursal de New Jersey.

—Bien. No sé qué puede haber ocurrido, pero lo lamento de veras, y le estamos agradecidos, señor Biddiscomber. Naturalmente nos encargaremos de todos los trámites legales que sea necesarios... A tal respecto, precisamente iba a decirle antes que tenemos un seguro colectivo que cubre toda una larga serie de riesgos, incluida la fianza. ¿Tú sabes algo de una fianza de veinticinco mil dólares a favor de Charles Wendell, Dick?

—Sí, claro —asintió Potters—. Yo la puse en marcha, por medio del seguro. Por cierto, si no estoy confundido deberíamos tener noticia sobre ese particular.

—¿Y no la tenemos? —Frució el ceño Harrison.

—Pues... no. Bueno, entiendo que Wendell tenía que salir libre anoche, pero no sé nada más.

—Deberías saberlo. Ya sabes que nuestros empleados son

importantes para mí, y quiero que en todo momento se sientan protegidos y seguros.

—Lo siento, Sid. Me ocuparé de eso inmediatamente.

—No se molesten —dijo London, que había ido mirando de uno a otro—. Yo puedo darles noticias sobre Charles Wendell... hasta cierto punto, desde luego. Anoche fue puesto en libertad, ciertamente, y para cuando salió a la calle, ya le estaba esperando un coche, cosa muy de agradecer, pues llovía... El coche lo conducía Jack Fisker. Es lo último que he sabido de Charles Wendell. En cuanto a Fisker, ya saben lo que ha sucedido.

Harrison y Potters miraban fijamente al *G-man* sombríos sus gestos. Por fin, Potters miró a Harrison, y murmuró:

—Lo están consiguiendo, Sid... Van a por ti, quieren hundirte.

—Tranquilízate, Dick.

—¿Tranquilizarme? Todo lo que últimamente está sucediendo indica bien claramente que...

—Ya está bien. Al señor Biddiscomber no le interesan nuestros pequeños problemas.

—Si se refiere usted a los problemas que puedan surgir debido a la ABC, sí me interesan, señor Harrison —deslizó suavemente el *G-man*—. Y no me digan que no han oído hablar de la Asociación de Buenos Comerciantes.

—No digas una sola palabra, Sid —saltó Potters—. No digas nada.

—Sí voy a decirle algo al señor Biddiscomber —rechazó Harrison la sugerencia de su vicepresidente—. Voy a decirle que he oído hablar, y mucho, de la ABC. Y voy a decirle que cuanto más al fondo de este asunto llegue el FBI cuanto más y más pueda penetrar en esa hedionda asociación a fin de destruirla, más y más agradecido le estaré yo. A él y al FBI en peso. No sé si me he explicado con claridad, señor Biddiscomber.

—Con claridad inmejorable. Bien, señor Harrison, ya le he puesto al corriente de las últimas novedades. Ahora, sólo me resta decirle que he sido encargado personalmente de una de las facetas de todo este asunto de la ABC; la faceta referente a la niña que cayó acribillada delante de la cafetería... Me pregunto si recuerda usted el caso.

—¿Qué pretende usted? —Casi gritó Potters—. ¡Su actitud no es

la de...!

—Dick, por favor —susurró Harrison—. El señor Biddiscomber sólo está intentando ser amable. —A continuación, encarándose con London, dijo—: Ya... Está bien, no sé lo que piensa usted, pero sí estoy comprendiendo su modo de actuar, porque es idéntico al mío: directo al asunto. De acuerdo, señor Biddiscomber. Pero escuche esto; si yo hubiera tenido la más ligera sospecha de que Charles Wendell había tenido algo que ver directa o indirectamente con ese asunto, no habría permitido la entrega de esa fianza, me habría ocupado personalmente de que le dieran su merecido. Yo también tengo una hija, señor Biddiscomber —palideció— y la sola idea de que pudiera ocurrirle algo así...

London parpadeó. Muy bien, allá tenía un perfecto actor. Un fabuloso actor. Charles Bickford, Laurence.

Olivier, Spencer Tracy... y compañía, eran unos aficionados a su lado.

—¿Puedo tomar algunos datos de esa lista? —señaló.

—Desde luego.

El *G-man* sacó una libretita, buscó en las listas los nombres de Charles Wendell y Jack Fisker, tomó algunos datos y asintió con la cabeza.

—Muy agradecido. Y todavía voy a pedirles otro favor; si saben algo de Charles Wendell no dejen de pasarme recado a la Delegación. En cualquier...

La puerta principal del despacho se abrió de pronto, y un perfumado torbellino entró, alzando los brazos en alegre saludo.

—Buenos días a todos, buenos días. Papá, necesito cinco mil dólares ahora mismo, para...

Se calló de pronto, y quedó atónita contemplando a London, quien, a su vez, después de volverse, estaba no menos atónito. Durante unos segundos, los dos estuvieron mirándose, incapaces de reaccionar. Ciertamente, el agente del FBI era un tipazo de hombre; pues bien, aquella muchacha era un tipazo de mujer, alta y rubia, de formas esbeltas pero magníficamente definidas, ojos azul-gris

muy grandes, boca sonrosada y llena, piel como seda...

Sidney Harrison carraspeó.

—Ella es mi hija Arlene —musitó—. Querida, te presento al

señor London Biddiscomber, del FBI.

La muchacha salió de un pasmo para sumirse en otro.

—¿Bi... qué? —exclamó.

—Biddiscomber —masculló el federal—. London Biddiscomber.

—Qué barbaridad... Vaya un nombrecito y vaya apellido, señor Bi... Bico...

—Biddiscomber —frunció el ceño London.

—Bueno, creo que será mucho más fácil llamarle London. De todos modos, se le puede perdonar todo eso teniendo en cuenta lo guapísimo que es usted... ¿Verdad, papá?

Harrison sonrió a medias.

—Supongo que es guapísimo, si tú lo dices, hija. ¿Para qué quieres esos cinco mil dólares?

—Oh, pues... para irme de viaje de luna de miel con el señor Bisco... con London. ¿Sería eso posible, señor London? ¿O ya está usted casado?

—Por el momento, estoy disponible —farfulló el *G-man*.

—¡Oh, es maravilloso! ¿Del FBI? Todavía más maravilloso. ¿Va usted a trabajar para papá, señor London?

Sidney Harrison respingó.

—Hija, los empleados del FBI sólo trabajan para el FBI —se apresuró a puntualizar.

—Ah... Bueno, como todos son abogados, o cosas así, yo pensé que... Bueno, me alegro. Si trabajase para ti, pronto sería tan terriblemente rico como nosotros, y no sé si eso me gustaría... ¿Se puede vivir aceptablemente con el sueldo del FBI, señor London?

—¿A qué llama usted vivir aceptablemente?

—Oh, pues... lo normal, claro. Una linda casa con espacioso jardín, un par de coches, un yate por pequeño que sea, vacaciones en...

—Me temo, señorita Harrison, que debe dirigir sus tiros hacia otro lado —casi sonrió London—. De todos modos, la broma ha sido simpática. Buenos días a todos.

Se dirigió hacia la puerta, y la estaba abriendo cuando oyó a Arlene Harrison:

—¿Qué tal si me invita a almorzar, señor London?

El *G-man* se volvió, dirigió una hosca mirada a la muchacha y luego miró al padre.

—Volviendo al tema que quedó interrumpido antes, señor Harrison, le diré que cuando yo me hago cargo de la faceta que sea de cualquier asunto, ese asunto se termina completamente... en todas sus facetas, porque no me gusta dejar nada pendiente. ¿Vio usted a la niña que hablábamos antes?

—No... no.

—Yo sí. Naturalmente, se le tomaron algunas fotos. ¿Le gustaría que le enviase alguna?

—No.

—Lo comprendo.

Salió y cerró la puerta.

Dos minutos después, entraba en el coche, sentándose junto a Garvan, que frunció el ceño al oírle mascullar.

—¿Qué estás diciendo? —Gruñó.

—Una casita con jardín espacioso, un par de coches, un yate, vacaciones... ¡Bul!

—¿De qué estás hablando? ¿Qué ha pasado ahí arriba? —señaló el alto edificio.

—Nada especial. Harrison es un hombre duro. Eddie, te lo aseguro. Firme como una montaña, y...

—¿Y...?

—¿Estáis seguros de que vamos bien encaminados ocupándonos de él?

—Hombre, London, si estuviésemos bien seguros ya le habríamos echado el guante. Pero todos los indicios que... ¡Demonios! ¿Qué más quieres ahora? Lo de Wendell, lo de Fisker... ¿Qué te pasa?

—Un hombre rico y poderoso no tiene por qué ser deshonesto, ¿verdad?

—No forzosamente, desde luego. Vaya por Dios... ¿Estás sugiriendo que Sidney Harrison es honesto?

—Yo confiaría en una persona así.

Eddie Garvan parpadeó.

—Bueno, está bien... Me parece que, ofuscado por dedicar tus investigaciones sólo en lo referente a esa pobre niña, no has prestado la debida atención a los informes que te facilitamos sobre todo este asunto. Pero, por fortuna, me han destinado a ayudarte y asesorarte sobre la marcha, y puedo decirte que todos,

absolutamente todos los informes señalan la intervención de las compañías de Sidney Harrison en asuntos muy poco claros, y que... ¿No me escuchas?

—Sí, hombre —se sobresaltó London.

—Pues yo diría que no.

—Que sí, hombre, que sí. —London sacó su libreta, la abrió y señaló uno de los nombres y direcciones apuntados—. Vamos aquí ahora, Eddie.

—¿A ver al hijo de Wendell? ¿Para qué?

—Quizá él sí tenga noticias de su padre. Charles Wendell salió anoche mismo. Seguramente, no llevaba mucho dinero encima, y además, debe sentirse acorralado. ¿Te parece descabellado que pida ayuda a su hijo?

—Pues... no, claro.

—Entonces iremos allá. Luego bajaremos a Brooklyn.

—¿Quién vive ahí?

—La víctima: Jack Fisker. ¿Ha ido alguien a avisar a su casa?

—No. Como tú dijiste que...

—Está bien así. Vamos primero a ver al muchacho.

CAPÍTULO III

Johnny Wendell contempló hoscamente la placa del FBI, y movió la cabeza.

—No sé nada de mi padre —refunfuñó.

—¿Ni siquiera que anoche salió bajo fianza?

—Ni siquiera eso.

—¿Podemos pasar? —Gruñó Garvan.

De mala gana, Johnny Wendell se apartó, y los dos *G-mens* entraron en el pequeño apartamento. Garvan cerró la puerta, abrió la boca para decir algo, y al mismo tiempo que London, miró hacia el fondo del apartamento, donde se había oído claramente una exclamación.

—¿No está solo, Wendell?

—No.

—¿Quién está con usted?

—Mi novia. ¡Susy! —llamó.

Los federales cambiaron una mirada, y ambos encogieron los hombros. Luego, frunciendo el ceño, contemplaron el apartamento, que aparecía completamente revuelto... La novia de Johnny Wendell, una graciosa jovencita de cabellos castaños largos y falda roja cortísima, apareció procedente del dormitorio, chupándose un dedo.

—Me he pillado un dedo al cerrar la maleta grande... ¿Qué pasa?

—Son del FBI —dijo Johnny—. Ella es Susy. Me está ayudando a hacer el equipaje. Ha llegado hace unos minutos, después de llamarla por teléfono, ¿comprende?

London y Eddie asintieron, sonriendo. No siempre lo malo que se piensa tiene que ser verdad.

—Hola, Susy —saludó jovialmente Garvan.

—Hola —sonrió ella—. Oiga, qué alto es usted. London

Biddiscomber asintió con la cabeza.

—Un poco —admitió—. Estamos buscando a su futuro suegro, Susy, pero Johnny dice que no sabe nada de él. ¿Y usted?

—¿Yo? —se asombró la muchacha—. ¡Claro que no! —¿Se va de viaje, Johnny?— preguntó Garvan.

—Sí... Sí, de viaje.

—¿Adónde?

—A New Haven, Connecticut.

—¿Vacaciones?

—No. He encontrado un empleo allá.

—¿Susy se va con usted?

—No. Por ahora, no.

—¿No tenía empleo aquí?

—Sí lo tenía.

—Pero debía ser muy malo, ¿verdad?

Johnny Wendell se pasó la lengua por los labios.

—No era malo. Todo lo contrario.

—Entonces. ¿Por qué lo deja?

—Porque quiero irme de aquí, adonde nadie me conozca, ni me miren.

—¿Y eso por qué?

—Por lo de su padre —intervino Susy—. Desde que pasó lo del coche y todo eso...

—Haz el favor de callarte —gruñó Johnny.

—Sólo quería...

—¡Que te calles!

—Sí, Johnny.

London Biddiscomber que había dejado la iniciativa del interrogatorio a su compañero, contemplaba a los dos jóvenes, fijamente, atentamente, cruzados los brazos sobre el pecho.

—¿Le está ocasionando dificultades lo de su padre? —preguntó de pronto.

—Dificultades no, pero sí molestias.

—Muy lógico Y la cosa va a complicarse todavía más en cuanto pasemos a la Prensa la última información, *Johnny*.

—¿Qué información?

—Anoche, cuando su padre salió del calabozo, había un hombre esperándolo en la calle, con un coche. Su padre subió al coche, y se

fue con el hombre que le había esperado. Se llamaba Jack Fisker, y también trabajaba para las empresas Harrison... Esta mañana ha sido encontrado el cadáver de Jack Fisker junto a una carretera, con un balazo en la garganta. Y su padre ha desaparecido.

—Oh, Dios mío —gimió Susy.

Johnny Wendell había palidecido. No dijo nada. No hacía falta, tampoco, porque todos estaban pensando lo mismo; Charles Wendell se estaba complicando la vida cada vez más.

—¿Podemos echar un vistazo? —preguntó Garvan.

El muchacho asintió con un gesto y fue Garvan el que se dedicó a ello, en solitario. No había mucho que mirar. Cuando regresó al pequeño saloncito miró a London, y movió negativamente la cabeza. Por otra parte, ambos sabían que no habría tenido sentido que Charles Wendell estuviese en su apartamento, o en el de su hijo. En cambio...

—¿Está seguro de que su padre no le ha llamado, Johnny? —deslizó London.

—Sí, seguro.

—Está bien. ¿Se le ocurre a usted dónde pueda estar?

—No... No. Ni idea.

London y Eddie cambiaron una veloz mirada.

—De acuerdo —aceptó sin embargo, London—. Naturalmente, nosotros lo estamos buscando, porque como es lógico, tenemos muchas presuntas que hacerle. Opinamos que su padre se está escondiendo y es fácil comprenderlo, eso solamente sirve para inculparlo de modo muy directo. ¿Me comprende, Johnny?

—Sí.

—Bien. En bien de su padre, voy a hacerle un ruego; si tiene noticias de él, si sabe dónde está o dónde podemos encontrarlo más adelante, avísenos. Puede llamar a la Delegación, y dejar allí el recado.

—Pero yo... yo me voy a New Haven...

—¿No desiste de ese viaje?

—¿Por qué tendría que desistir?

—Porque quizá su padre le llame para pedirle ayuda.

—Ah, ya... Y entonces, lo que usted quiere es que en lugar de ayudarle, le delate, para que ustedes puedan atraparlo... ¿No es eso?

—Es exactamente eso —asintió London—. Pero muchacho, le estoy ofreciendo la mejor solución. O eso... o cuando encontremos a su padre es muy posible que ya no podamos preguntarle nada.

—¿Qué quiere decir?

London fue hacia la puerta, la abrió, y con la cabeza indicó a Garvan que saliese. Antes de hacerlo él, se volvió hacia el muchacho.

—Encontrará fácilmente el número de la Delegación del FBI en el directorio telefónico. Adiós, Johnny. Adiós, Susy.

—Adiós.

London cerró la puerta.

Poco después, los dos entraban en el coche, y Garvan puso el motor en marcha.

—¿Vamos al domicilio de Fisker, ahora?

—Iré yo solo, Eddie. Llévame hasta la esquina, me apearé, y tú vuelve por aquí a vigilar. Tomaré un taxi. No pierdas de vista ese portal.

Eddie Garvan reflexionó unos segundos antes de decir:

—Es muy posible que Charles Wendell haya conseguido llegar a New Haven durante la noche y que haya llamado desde allí al muchacho, ¿verdad?

—Completamente posible. Y eso tendría sentido; si las cosas han sucedido como pensamos, si Jack Fisker tenía el encargo de la ABC para matar a Wendell, y como fuese, éste consiguió matar a Fisker, pues... Bueno, no darla un centavo por la vida de Wendell. La cosa se le está poniendo cada vez más fea.

—Seguro que sí. Oye, supongamos que ese *muchacho se nos larga ahora a Connecticut de verdad...* ¿Me voy tras él?

—Exactamente.

—Okay.

Segundos después, en el extremo opuesto de la manzana, Eddie Garvan detenía el coche, el tiempo justo para que London se apeara. Entonces, dio la vuelta completa a la manzana, buscó un estacionamiento, encendió un cigarrillo y miró hacia el portal que no tenía que perder de vista por nada del mundo.

Se quedó con el humo atragantado. Y cuando comenzó a toser, los dos hombres que habían visto ante el portal del edificio donde vivía todavía Johnny Wendell, cambiando impresiones, ya habían

entrado.

Inmediatamente, Eddie Garvan salió del coche, tiró el cigarrillo y echó a correr hacia allí. Llevaba casi ocho años en aquella instructiva profesión, y entre otras cosas había aprendido a clasificar a la gente al primer vistazo. Un primer vistazo que era más que suficiente cuando los dos tipos eran como los que había visto.

Johnny vio a los dos hombres, y parpadeó sorprendido. Uno de ellos sonrió y dijo:

—Esta vez no es el FBI, hijito. Aparta.

Lo empujó, rudamente, casi derribándolo. Entraron rápidamente los dos; el último cerró la puerta, y antes de que Johnny tuviese tiempo ni de abrir, la boca, cada uno de ellos tenía una pistola en la mano.

—Ssstt... Seamos discretos, Johnny —sonrió el que le había empujado—. Nada de gritos.

—Johnny, ¿qué pasa ahor...?

Lo primero que vio Susy al salir del dormitorio fue a su novio, todavía tendido en el suelo apoyado en un codo. Luego, vio a los dos hombres. Y por último, las pistolas que empuñaban. Su boca se abrió, iniciando el grito, pero su voz quedó ahogada cuando las dos pistolas le apuntaron amenazadoramente.

—Mira qué linda palomita, Carson —dijo el del empujón— y hasta es lista y todo, oye.

—Es muy lista. Ha comprendido que si hubiese gritado... ¡pum!, muerta. Oye, echa un vistazo por ahí... Aunque no creo que esté el viejo, pues lo habrían encontrado los del FBI.

—Eso es seguro. Creo que se lo tendremos que preguntar a la parejita.

—Ya habéis oído —sonrió Carson—. Porter quiere saber dónde está el viejo. Y yo también... ¿Se lo habéis dicho a los del FBI?

—No —tragó saliva—. No les hemos dicho... No lo sabemos.

—¿No lo sabéis?

—No... le juro que no...

—Escucha, ya somos mayorcitos para que nos expliquen cuentos de hadas, muchacho. ¿Ves esto? Bueno, pues son pistolas... Pero te diré lo que vamos a hacer con tu novia antes de llenarla de plomo, igual que a ti, si no nos dices dónde está tu pa...

El timbrazo les sobresaltó a los cuatro, en seguida, en la puerta resonaron también fuertes golpes, y a través de la madera, llegó claramente la voz de Eddie Garvan.

—Johnny, abra. ¿Está bien? ¿Están bien los dos? Abra en seguida. Conteste.

Carson y Porter miraron a todos lados, con expresión acorralada.

—Maldita sea —jadeó el primero—. No se han marchado.

Todavía estaban desorientados cuando sonó el primer estampido de la pistola del *G-man* y un puñado de astillas saltó de la puerta, a la altura de la cerradura. Al segundo disparo, ésta saltó a un lado, quedando colgada de un tornillo. Un puntapié acabó de abrir la puerta... y Carson disparó hacia allí.

Plop, chascó su arma.

Por un instante, todos vieron a Eddie Garvan, aún vacilante tras el puntapié. Luego, oyeron su grito de dolor, y el federal salió disparado hacia el otro lado del pasillo, rebotó, y cayó de bruces, pistola en mano. Debido a los disparos y golpes del agente del FBI y en especial a sus disparos, la alarma había cundido en el edificio y ya se oían voces excitadas por todos lados.

Carson volvió su pistola hacia Johnny Wendell.

—¡Mata a la chica, Porter! —aulló.

Éste no se hizo repetir la indicación. Disparó contra la muchacha al mismo tiempo que Carson lo hacía contra Johnny. Susy recibió el balazo en el pecho y se desplomó hacia el interior del dormitorio con un tremolante gemido. Pero Johnny había reaccionado con mucha mayor fortuna, rodando hacia un lado, de modo que la bala disparada por Carson rebotó en el suelo, arrancando chispas.

—¡Mald...!

¡Pack!, restalló otro disparo en el pasillo.

Carson lanzó un alarido, y su brazo derecho pareció a punto de ser arrancado por el balazo disparado por Garvan, que alzaba perezosamente la cabeza, y apoyado el codo derecho en el suelo, se disponía a disparar de nuevo.

Y pudo hacerlo.

Y a pesar de su vista nublada, acertó a Porter cuando se volvía hacia él después de disparar contra Susy; le acertó en pleno pecho, derribándolo aparatosamente hacia atrás, con las piernas por alto... Todavía pudo vislumbrar a Carson, corriendo, como una sombra

que se iba desvaneciendo lejos, lejos, lejos.

Pero ya no pudo volver a disparar.

CAPÍTULO IV

London Biddiscomber pagó al taxista y se quedó mirando el edificio de apartamentos, en absoluto lujoso, pero sí agradable, moderno, alegre. Fue al portal, y allí, buscó el nombre de Jack Fisker en los buzones de correspondencia.

Lo encontró en seguida; señor y señora Fisker, apartamento 5 C.

Subió en el ascensor hasta el quinto piso, buscó la puerta c y pulsó el timbre. Segundos después, volvió a hacerlo. Y medio minuto más tarde, fruncido el ceño, volvía a hacerlo, llamando también con los nudillos acto seguido.

Ésa fue la mejor idea del momento, porque al golpearla, la puerta cedió un par de pulgadas. El *G-man* se quedó mirándola, súbitamente alarmado. Sin vacilar, acabó de abrirla, entró en el apartamento, y llamó:

—¿Señora Fisker?

Silencio.

—¡Señora Fisker!

Silencio absoluto.

Cada vez más fruncido el ceño, London fue hacia la cocina, aunque pensando que todo era inútil. El hecho de encontrar la puerta abierta podía implicar perfectamente que la esposa de Jack Fisker se había marchado tan precipitadamente que ni siquiera se había preocupado por tal detalle. En cuyo caso, no podía ser menos evidente que alguien la había avisado de lo sucedido y quizá estuviese en la Morgue, o...

No.

La señora Fisker no estaba en la Morgue... pero lo estaría muy pronto, como su marido, es decir, en uno de los compartimientos frigoríficos.

Desde el umbral del dormitorio, London Biddiscomber la estuvo contemplando, inmóvil, inexpresivo, durante unos segundos... Ella

yacía en la cama, atravesada, cara al techo, con los ojos muy abiertos. Estaba en camisita de dormir, una monería de prenda transparente, de color azul, pero que en buena parte estaba feamente manchada de oscuro, es decir, el color que toma la sangre, roja, sobre un fondo azul.

Tan sólo con verla desde la puerta, London sabía que la señora Fisker estaba muerta. Pero se acercó a ella, y le tomó una muñeca, teniendo buen cuidado de no alterar lo más mínimo la posición del cuerpo, ni del hombro, ni siquiera de la mano cuando la volvió a dejar, sobre la cama. Una mano todavía un poco tibia. Pero muy pronto estaría fría del todo, cuando se fuese enfriando la sangre que no escapase de su cuerpo por los dos feos, impresionantes orificios de bala sobre su seno izquierdo, blanco, grande, y posiblemente, considerado como hermoso hasta entonces.

London salió del dormitorio, cruzó el pequeño saloncito, salió al corto pasillo, y miró la puerta. Había un llavín colgado a un lado de ésta, en un bonito clavo dorado hundido en el marco. Sin tocar nada, el *G-man* salió al pasillo, ajustó la puerta, y fue a llamar a la de enfrente.

Abrió una mujer de mediana edad, todavía con señales de sueño en el rostro, despeinada, que enrojeció al encontrarse ante semejante caballero, tan apuesto, en bata y sin arreglar.

—Buenos días, señora... ¿Me permitiría usar su teléfono? —Le mostró el estuche—. Soy del FBI.

La mujer se quedó con la boca abierta; no acertó a decir nada. Simplemente, se apartó, y London entró, mirando a todos lados. Vio el aparato y señaló.

—¿Puedo?

—Sí... Sí, señor, sí.

El *G-man* descolgó el auricular y se volvió de pronto hacia la mujer. Evidentemente ella no había salido todavía aquella mañana, así que quizá hubiese oído algo, o visto a alguien... Pero seguramente, no. Todavía estaba medio dormida, o al menos lo había estado hasta verlo a él. De todos modos, ya sería interrogada más adelante.

Marcó el número de la Delegación.

—FBI —le contestaron inmediatamente—. ¿Diga?

—Soy Biddiscomber. Ponme con el inspector Blansfield.

Hubo un par de segundos de silencio de más, que sorprendieron a London. Luego, la voz, un tanto tensa.

—No está. Ha salido hace poco. Mmm... Bueno, Bid, ha dejado un recado para ti; te espera en nuestra clínica. Urgente.

—¿Qué ha pasado?

—Han herido a Eddie Garvan.

London notó cómo un arañazo de frío desde la nuca al final de la columna vertebral le dejaba helado.

—¿Lo han herido? ¿Cuándo... cómo?

—No sé exactamente. Llamó aquí un muchacho... Estaba histérico. Dijo que dos hombres los habían atacado, que el agente del FBI Garvan estaba herido, y también su novia... la novia del muchacho. Tomé la dirección, le pasé el informe al inspector, y él salió para allá inmediatamente, después de decirme que te citara en la clínica.

—Está bien. —London tragó saliva—. Bueno, envía un equipo de Huellas a Brooklyn, al 284 de Fulton Street, apartamento 5 C.

Un asesinato.

—Entendido. ¿Te quedas ahí esperando?

—Desde luego.

—Paso la orden inmediatamente.

London asintió con la cabeza, como si su compañero pudiera verlo y colgó el auricular. Se volvió hacia la mujer, olvidado de ella, en realidad, todavía impresionado por la noticia sobre Eddie Garvan... La mujer le contemplaba fijamente, con los ojos desorbitados. La palabra «asesinato» por supuesto, era capaz de despejar a cualquiera.

—¿Estaba usted durmiendo cuando he llamado, señora?

—No... No, no... Me estaba preparando el baño, y hacía un... un poco de café...

—¿Tiene usted idea de quién ha visitado esta mañana a la señora Fisker? ¿Ha oído algo o visto algo?

—¿La... la han... la han...?

London ni siquiera contestó. Se sentía abatido, y al mismo tiempo, notaba en sus sienes aquel mismo latido furioso que había notado cuando recibió la noticia de lo sucedido a una niña de siete años.

Todavía sin contestar, salió al pasillo, se colocó ante la puerta 5 C, y encendió un cigarrillo. Naturalmente que tenía que esperar a sus compañeros. Luego, dejaría a su cargo todas las investigaciones técnicas sobre aquel caso y acudiría inmediatamente junto a Eddie.

El inspector Blansfield acudió a su encuentro apenas le vio salir del ascensor, y no le dio tiempo a decir nada. Alzando las manos con gesto tranquilizador aseguró:

—Se va a salvar, London... Están terminando de operarle, pero ya me han enviado aviso de que no morirá.

El nudo se deshizo en la garganta de London Biddiscomber. Su mirada se posó en Johnny Wendell que parecía aplastado en uno de los sillones de la sala de espera, con la cabeza caída sobre los hombros, los codos apoyados en las rodillas.

—¿Y la muchacha? —musitó.

—Eso no lo sabemos todavía... pero su herida parece ser más grave. ¿De dónde vienes ahora?

—Del apartamento de los Fisker. ¿Le han pasado ya el informe?

—¿Sobre qué?

—Han matado también a la mujer de Fisker.

Blansfield se mordió los labios.

—No... No me han pasado ese informe.

—Bueno, sabían que yo vendría inmediatamente aquí, señor. He dejado un equipo con el cadáver. ¿Cómo ha ocurrido lo de Eddie?

—No sé si lo he entendido muy bien, pero el muchacho estaba histérico de verdad cuando me lo explicaba... Luego, parece haberse quedado mudo. No hay manera de sacarle una sola palabra más... Pero puede que tengamos suficiente para empezar. Según entiendo...

El inspector puso al agente al corriente de lo sucedido en el apartamento de Johnny Wendell. Cuando terminó, lo hizo con estas palabras:

—En definitiva, el llamado Randolph Porter murió, pero el otro, el tal Carson, escapó, herido en un brazo, por la escalera de incendios. Te esperaba, porque supongo que querrás dirigir la búsqueda de Carson.

—Tengo el presentimiento de que no tendremos que buscar mucho para encontrarlo.

—¿Qué quieres decir?

—No me sorprendería que fuese un empleado de Sidney Harrison.

Blansfield parpadeó. Luego, entornó los ojos y ladeó la cabeza.

—¿Qué significado das a esas palabras exactamente?

—Pues... Bueno, ni yo mismo lo sé, señor. Pero todo lo que sucede parece provenir siempre de Harrison.

—Tanto peor para él. Por mi parte, he estado pensando en algo en que quizá todavía no hayas reparado: esos dos hombres, Carson y Porter, bien pudieran ser los que asesinaron a Keller y a Barrow delante de la cafetería... los que mataron ala niña. Está bien claro que son profesionales, ¿no te parece? Y si son fáciles de localizar, mejor...

London asintió.

—Ya verá qué pronto localizaré a ese Carson. Quisiera hablar unos minutos con el muchacho, señor.

—Es todo tuyo. Pero te invito a café si le sacas una sola palabra.

El *G-man* fue a sentarse junto a Johnny Wendell, y le dio una palmada en un hombro, amablemente.

—Johnny.

Éste alzó la cabeza, y lo miró. Tenía los ojos relucientes, hiératicos. Lo miró, y eso fue todo. London le ofreció un cigarrillo, pero el muchacho ni siquiera se movió.

—Te aseguro que lamento lo de tu novia, Johnny. De todos modos, no te preocupes, ya verás como saldrá de ésta. Mientras tanto, espero que te hayas convencido de que deberías ayudarnos. ¿Estás de acuerdo?

Johnny Wendell ni siquiera parpadeó.

—Escucha... Todo esto que está sucediendo se podría haber evitado si hubieses sido más sincero conmigo. También han asesinado a la mujer de Fisker... ¿Comprendes lo que esto significa, Johnny? Fíjate bien; pagan la fianza de tu padre, para que salga libre; lo esperan, para llevárselo por ahí a matarlo, porque como la policía había puesto sus ojos en él, saben que se ha convertido en un elemento comprometedor. Seguramente, tu padre sabe demasiadas cosas, pero, como tú, no quiso comprender mi oferta. Consecuencia de todo esto, por el momento, es la muerte de Fisker, y de su mujer, la de un tipo llamado Porter, y tenemos heridos a un agente del FBI y a tu novia. ¿De verdad no quieres fumar?

El muchacho seguía inmóvil, como alucinado. London encendió un cigarrillo, y apuntó con él al muchacho.

—¿Crees que van a detenerse aquí? Yo te digo que no, de ninguna manera. No pararán hasta encontrar a tu padre, y el único modo de ayudarle que tienes es decirme a mí dónde está. Tú lo sabes, Johnny. Dime, ¿dónde está? ¿En New Haven, quizá? ¿Te llamó desde allí, ibas a reunirte con él?

—Es inútil, London —dijo Blansfield, de pie ante ellos.

—Quizá Johnny todavía no lo ha entendido. ¿Lo has entendido, Johnny? Desde luego, mientras estés aquí, puedes considerarte a salvo, pero no cejarán en sus propósitos. Os van silenciando a todos. Empezaron por la mujer de Fisker, porque posiblemente ella sabía quién le había encargado que matase a tu padre. Luego, fueron a por ti, porque tu padre podía haberte dicho demasiadas cosas... Johnny, ¿no consigues entender esto?

La impasibilidad de Johnny Wendell no podía ser mayor. Blansfield refunfuñó algo, y London se quedó mirando al muchacho con el ceño fruncido.

—Está bien —murmuró—. Nosotros estamos haciendo lo que podemos. Cuando te enteres de que han matado a tu padre, recuerda que el FBI te ha estado ofreciendo su vida.

Se puso en pie y tiró el cigarrillo, a uno de los grandes ceniceros. Se disponía a hablar con Blansfield cuando la doble puerta que llevaba a los quirófanos se abrió, y apareció uno de los médicos. Los dos se acercaron inmediatamente.

—¿Y bien? —susurró Blansfield.

—Se salvará, desde luego, sin la menor duda.

—Bueno —suspiró el inspector del FBI—. Esto es formidable. Gracias, doctor.

—¿Y la chica? —preguntó London.

—Hum... La están atendiendo en otro quirófano, naturalmente, así que me he dado una vuelta por allí, porque sabía que me lo preguntarían. Mmm... Bien... Las impresiones no son muy buenas, francamente.

—¿Va a morir?

—No es seguro. Pero... tampoco es seguro que se salve, ni mucho menos. Se hará, todo lo que se pueda, tengan la seguridad. Sin embargo, ese balazo en pleno pecho, tan cerca del corazón...

Francamente, yo no le daría grandes esperanzas al muchacho — señaló con la barbilla hacia Johnny.

—Lo mejor será no decirle nada, por el momento —opinó Blansfield—. Siempre hay tiempo para dar malas noticias. Y si se salva finalmente, no habríamos favorecido al muchacho diciéndole ahora su... diagnóstico, doctor.

—Naturalmente, estoy de acuerdo.

—¿Podemos ver a nuestro compañero? —preguntó London.

—Desde luego que no —exclamó el médico—. Es decir, lo pueden ver en el sentido de mirar, pero ni hablar de otra cosa; si queremos milagros, o tan sólo suerte, será mejor que pongamos un poco de nuestra parte.

—Entendido —sonrió de lado el *G-man*—. ¿Puedo marcharme, señor?

—¿Adónde vas ahora?

—A visitar por segunda vez a Sidney Harrison... Me gusta su despacho.

—¿La lista de mis empleados? —Parpadeó Harrison.

—Sí. Otra vez, señor Harrison, si no tiene usted inconveniente.

—Ninguno, desde luego. —Sidney Harrison alzó una palanquita del intercomunicador—. Dick, trae las listas de personal a mi despacho, por favor.

—¿Otra vez? —Se oyó la voz de Dick Potters—. ¿Qué pasa ahora?

—No lo sé. Tráelas.

—Está bien.

Harrison cortó la comunicación, fija su mirada en London.

—¿No puedo saber lo que ocurre, señor Biddiscomber?

El *G-man* apretó los labios, y eso fue todo. Los dos hombres permanecieron en silencio, hasta que pocos segundos después apareció Dick Potters, con las listas. Dirigió una hosca mirada al agente del FBI y dejó los papeles sobre la mesa.

—Aquí están de nuevo. ¿Qué sucede?

—Sucede —explicó entonces London— que estoy buscando los nombres de dos hombres, señor Potters, y tengo el presentimiento de que esos nombres estarán en las listas.

—¿Qué nombres son éstos?

—De uno, sólo sé el apellido: Carson. El otro, cuya documentación fue retirada de su cadáver, se llamaba Randolph Porter.

—¿De su cadáver? —Respingó Harrison, palideciendo.

—Eso he dicho... Aunque no tendríamos que lamentar demasiado su muerte, señor Harrison, ya que Porter era un asesino profesional. Igual que Carson, claro, que pudo escapar herido.

—Usted está loco —jadeó Potters—. ¡No recuerdo el nombre de Carson, pero sí el de Porter, porque al echarle el primer vistazo me pareció que ponía Potters, como mi apellido, y...! ¿Está usted diciendo que tenemos empleados que son asesinos?

—Asesinos profesionales —puntualizó secamente London—. ¿De modo que sí tenemos a Randolph Porter en sus listas? Muy bien, le ruego que se asegure, y que busque el apellido Carson.

Desencajado de furia el rostro, Potters miró a Harrison, pero éste le hizo una expresiva seña, y el vicepresidente de la compañía procedió a examinarlas.

—Aquí está Randolph Porter —murmuró—. Hay dos Carson. Alfred Carson y Wallace Carson.

London Biddiscomber sacó su libretita, tomó los datos de los tres empleados, se la guardó, y se dirigió hacia la puerta.

—¿Eso es todo? —preguntó Harrison.

—Por el momento sí —se volvió el federal—. Cuando encontremos al Carson asesino habrá más cosas, señor Harrison. Muchas más.

—¿No puedo saber lo que ocurre?

—¿Por qué no? —sonrió fríamente el *G-man*—. Esos dos hombres fueron a matar a Johnny Wendell, el hijo de su empleado Charles Wendell; el muchacho está ileso, pero a su novia le metieron una bala en el pecho y quizá muera. También hirieron a mi compañero, Eddie Garvan. Pero antes, según deduzco, pasaron por el apartamento de los Fisker, y asesinaron a su esposa. Eso es... todo.

—Dios mío —murmuró Harrison, palidísimo.

—Les pediría que me llevaran a la dependencia o sucursal donde trabajan esos dos empleados, pero sé positivamente que no los encontraríamos allí. Pero, sea donde sea, los encontraremos. Y entonces, señor Harrison, quizá se pongan algunas cosas en claro.

Por lo menos, yo tengo esa esperanza. Mientras tanto, vaya preparando a sus abogados para lo que se le viene encima.

—Usted no tiene derecho a lanzar amenazas —exclamó airadamente Dick Potters—. Es más, puesto que lo está haciendo, me voy a encargar personalmente de demandarlo. ¡A usted y a todo el FBI! Lo que están...

—Tranquilízate, Dick —murmuró Harrison.

—En cierto modo —admitió London— el señor Potters tiene razón. Pero el hecho de que ustedes demandasen al FBI tendría no poca gracia. Son libres de hacerlo, claro. Buenos días.

CAPÍTULO V

Hacia las siete y media de la noche, London Biddiscomber, derrengado, regresó a su domicilio. Había sido, en efecto, un día extremadamente duro, de gran movilidad, y que, por el momento, sólo había servido para obtener una conclusión irrefutable; el hombre que estaban buscando, el herido en un brazo por Eddie Garvan, era Wallace Carson.

Naturalmente, habían buscado a éste y al otro Carson, de nombre Alfred. Y comoquiera que a Alfred Carson lo habían encontrado trabajando tranquilamente en su puesto dentro de la compañía de Harrison, sin rastro de herida alguna, y en cambio, Wallace Carson no aparecía por parte alguna, la cosa no podía estar más clara.

—Bueno, ya lo tenemos —había dicho el inspector Blansfield—. Lo buscaremos. Pero tú no, London. Estás demasiado cansado, te estás tomando este asunto como algo personal.

—Puedo estar en pie todo el tiempo que sea necesario —había replicado el *G-man*.

—Lo sé, lo sé... Pero yo quiero que descanses. Mira, el hijo de Wendell está vigilado, y al mismo tiempo, protegido, en la clínica, esperando a ver qué pasa eran su novia. En cuanto a Wallace Carson, no sólo varios de los nuestros lo están buscando, sino también la policía. Y como el hecho de que intervenga un hombre más no creo que sea definitivo, vete a descansar. Te avisaríamos inmediatamente si lo encontrásemos.

Así que, a la hora citada, London Biddiscomber llegó con su coche al estacionamiento subterráneo del edificio donde tenía su apartamento, y luego, por el ascensor interior, subió a aquél. Entró, encendió la lú, y se dejó caer en una de las butacas del *living*.

Encendió un cigarrillo, y quedó pensativo. Tenía la deprimente sensación de estar caminando por los hilos de una bien tejida

telaraña, de la cual, a cada paso que él daba, se rompía uno de los hilos, de tal modo que cada vez tenía menos hilos donde poner los pies. La sensación final era la de que acabarían por romperse muchos más hilos; tantos, que él caería en el vacío, sin haber conseguido nada. Entonces, la araña volvería a tejer su red... y allí no habría pasado nada... para la araña, claro. En cambio, él se daría el gran batacazo, esto es, el fracaso total...

El timbrazo del teléfono le hizo respingar y ponerse en pie de un salto.

«¡Bien! —pensó—. ¡Ya lo han encontrado!».

Descolgó el auricular con esta esperanza.

—¿Sí? —inquirió.

Silencio.

—Diga... Diga. Soy Biddiscomber, diga...

Silencio.

El *G-man* apartó el auricular de su oreja, y se lo quedó mirando. Luego, lentamente, lo colocó en la horquilla, apretando la boca en un gesto duro, hosco. Parpadeó, y de pronto, sacó su pistola, extrajo el cargador, y pese a saber que siempre lo tenía en perfectas condiciones, le echó un vistazo. Lo colocó de nuevo en la culata, con seco chasquido y miró a su alrededor.

Lo primero que hizo fue apagar la luz central, y encender solamente la de la lámpara de pie de su rincón favorito, donde solía leer y repantigarse a escuchar ellas hacia las ventanas de delante y detrás, asegurándose de que la línea de tiro no era peligrosa para él. Luego, con el apartamento prácticamente a oscuras, se dedicó a revisar las ventanas, mirando. Por fortuna, no había escalera de incendios, así que no podía temer un ataque por dos sitios diferentes.

Porque, desde luego, aquella llamada tenía algún significado. Un significado que no le gustaba lo más mínimo. ¿Habían ordenado su muerte los de la ABC? ¿Habían estado esperando su regreso al apartamento, habían visto luz y habían querido asegurarse de que era él quien estaba allí? ¿Era posible que Sidney Harrison se atreviera a tanto, a eliminar a un agente del FBI?

—Absurdo —pensó—. Mi muerte lo pondría en la picota irremisiblemente. No puede ser tan loco de pensar que matando a un agente del FBI todo va a terminar. Mis compañeros le

aplastarían. Si él...

¡Ding, dong!, sonó el timbre de la puerta del apartamento.

La pistola apareció en la mano de London. Su boca volvió a apretarse en un duro gesto.

Fue a colocarse a un lado de la puerta y musitó:

—¿Quién es?

—Señor Biddiscomber, soy Archie; tengo un recado para usted. Un mensaje.

La mirada de London se entornó. ¿Podía admitir que el simpático Archie, el portero del edificio, al que conocía tantos años, hubiera sido convencido para participar en una trampa contra él?

—Tírelo por debajo de la puerta, Archie... Estaba a punto de bañarme.

—Sí, señor —un sobre apareció por debajo de la puerta y de nuevo se oyó la voz de Archie—. Hay conmigo una señorita que quiere verle, señor Biddiscomber.

¿Una señorita? London quedó en verdad pasmado.

—Un momento —pidió.

Guardó la pistola, se retiró unos pasos, se descalzó y se aflojó la corbata; se echó la chaqueta hacia atrás... de modo que cuando abrió la puerta, dio la perfecta impresión de estar vistiéndose de nuevo. No había por qué alarmar, y menos ofender al buen Archie.

La sorpresa lo dejó clavado en el suelo, incapaz de reaccionar.

—Señorita Harrison...

Arlene Harrison, de pie junto a Archie, le sonrió encantadoramente. Llevaba un precioso vestido de noche, escotadísimo, y sobre los hombros, una capita de piel. Estaba deslumbrante.

—Hola, señor London —saludó—. ¿Puedo pasar?

—Bueno, yo... Me disponía a bañarme...

—No parece usted tan sucio que necesite un baño —rió la muchacha—. No, al menos, con tanta urgencia.

—Bien... Pase, por favor. Gracias, Archie.

—La señorita llegó hace un minuto abajo, y al preguntarle a quién quería ver, me dijo que a usted. Yo le dije que no estaba pero ella me aseguró que sí, de modo que...

—Está bien, Archie, está bien. Hasta luego.

—Hasta luego —sonrió el portero.

Arlene Harrison ya estaba dentro, y se había inclinado para recoger el sobre del suelo. Lo tendió al *G-man* que lo tomó después de cerrar la puerta.

—Espero —dijo ella— que no sea un mensaje de amor.

—Lo dudo mucho. La dama que amo no suele enviarme mensajes.

—Ah... ¿Ama usted a una mujer... ya?

—He dicho una dama. Se llama Justicia.

—Oh —rió ella—. Bueno, ésa es una clase de amor que puedo compartir perfectamente. ¿No va a invitarme a nada?

London frunció el ceño. ¿Qué pretendía la hija de Sidney Harrison?

Señaló hacia el final del pasillo, y ambos caminaron hacia allí. London se detuvo, recogió los zapatos y ella le miró divertida.

—No parece usted un hombre tan desaliñado, señor London.

—No soy desaliñado en absoluto.

—En cambio, deja los zapatos en el pasillo. ¡Sí que tenía prisa por bañarse! Oiga, es un ambiente muy agradable el de su apartamento... Con esta luz tan suave.

—Es que... pensaba leer un rato luego. Encenderé la...

—No, no, no. ¡Pero si así está perfectamente!

El agente del FBI se puso los zapatos y se arregló la corbata. Al hacer lo mismo con la chaqueta, quedó visible un instante su funda axilar, pero Arlene Harrison se limitó a sonreír una vez más.

—Supongo, señorita Harrison —dijo de pronto él—, que ha venido usted por algún motivo concreto.

—Desde luego. Llevo casi una hora llamándole por teléfono para saber si estaba en casa, pero no contestaba. Por fin, me ha contestado usted.

¡Claro había sido ella!

Por eso preguntó:

—¿Ha sido usted quien ha llamado hace unos minutos? —se sorprendió London.

—En efecto.

—Pero... Bueno, yo pregunté...

—Quise darle una sorpresa.

—Ah... Desde luego, lo ha conseguido.

—Me he dado cuenta... ¿Puedo sentarme?

—Sí, sí, naturalmente.

Ella se quitó la capita de piel, dejando al descubierto sus bellísimos hombros de seda. London Biddiscomber parpadeó. Una preciosidad. ¡Una auténtica preciosidad!

—¿Qué podríamos beber? —insinuó ella.

—Pues... Desde luego, no tengo champaña francés, de ese que suelen llevar en sus yates los millonarios. Tampoco tengo una bodega admirablemente surtida. Temo que todo lo que puedo ofrecerle es agua tónica, cerveza o *whisky*. O, si lo prefiere, jugo de tomate.

—*Whisky, whisky* —volvió a reír ella—. Con hielo, claro. Es usted muy rencoroso, señor London.

—¿Yo?

—Sí, sí..., Acaba de reprocharme que yo mencionase un yate, dos coches, una casa grande... como elementos indispensables para vivir..., aceptablemente.

—Yo vivo con bastante menos. Le serviré el *whisky*.

Cuando regresó de la cocina con el hielo, Arlene no estaba sentada, sino examinando la biblioteca. Pero volvió a sentarse cuando él sirvió *whisky* en dos vasos. Puso hielo y le tendió uno.

—Brindemos —dijo el *G-man*.

—Brindemos —aceptó ella, risueña—. Pero ¿por qué?

—Porque usted me diga cuál es el objetivo de su visita.

—Acepto el brindis... si se sienta a mi lado. —London lo hizo, en el sofá, y ambos bebieron un trago—. Muy bien, éste es el objetivo de mi visita, señor London: enamorarlo.

—¿Ena... qué?

—Enamorarlo.

—¿Quiere decir conseguir que yo me enamore de usted?

—Oiga, es usted un poco tonto para estas cosas, ¿verdad?

—Es muy posible —admitió London— porque no es éste mi pasatiempo favorito, se lo aseguro.

—¡No me diga que no ha besado a ninguna chica!

—Caramba, señorita Harrison; se puede ser tonto, pero no tanto. De todos modos, no creo que usted haya venido a que la bese...

—¿Por qué no? Eso forma parte del amor, me parece.

—¿Qué amor?

—El que yo siento por usted. Cuando lo vi esta mañana me

quedé fulminada, señor London.

—Mire, señorita Harrison, o me llama London a secas, o me llama señor Bid, si no sabe decir Biddiscomber.

—¡Entonces, te llamaré London! —susurró ella—. Respecto a eso del beso, pues... insisto en que forma parte del amor. ¿O no?

Dejó su vaso, y se quedó mirándolo. London, todavía con el suyo en la mano, se quedó, a su vez, mirándola fijamente. ¿Qué pretendía realmente la hija de Sidney Harrison? Con aquel vestido de noche, tan joven, tan delicada y hermosa... A cada segundo que pasaba, London Biddiscomber iba encontrando más y más bella a Arlene Harrison. Y no es que él estuviese mal, pero... ¿ella había quedado... fulminada al verle? ¿Así de repente, tan fácilmente?

—Me parece —susurró por fin— que el amor es una cosa no poco compleja, señorita Harrison, y...

—Oh, no —protestó ella—. Si yo te llamo London, tú tienes que llamarme Arlene.

—De acuerdo. Como decía, Arlene, el amor es una cosa que puede ser muy compleja, aunque tú parece que...

—¿Compleja? ¿Por qué?

—Pues...

—Yo creo que es sencillísima. Al menos, por mi parte. He creído estar enamorada un centenar de veces. De pronto, esta mañana te veo, y... se acabó el juego. No es nada complicado... Hasta el más grande amor, puede comenzar con una simple mirada, un simple beso...

Diciendo esto, Arlene tiró de una solapa de la chaqueta de London, de modo que él se inclinó un poco mientras, a su vez, se acercaba. La fresca, suavísima, dulce, tierna boca de Arlene Harrison llegó a la dura bocota de London Biddiscomber. El cual, todavía con el vaso de *whisky* en una mano, permaneció inmóvil, inmutable. Al menos, exteriormente. Por dentro, estaba sintiendo algo así como cien mil dulces estallidos.

Por fin, Arlene se apartó y suspiró.

—Ha sido lo mismo que besar a una piedra —murmuró—. Pero me ha gustado. ¿Y a ti?

—A decir verdad, mucho.

—Te habría gustado más si hubieses colaborado. Aún estás a tiempo.

London Biddiscomber dejó el vaso sobre la mesita, rodeó con sus brazos el torso de la bellísima Arlene, y la apretó contra su pecho... La besó en la boca, y notó en el acto el estremecimiento de ella, oyó el gemidito. Cuando la apartó, Arlene respiró profundamente, y consiguió articular.

—Creo... que estamos... en el buen camino.

—¿Más *whisky*? —sonrió el *G-man*.

—No, no... Creo que es mejor que nos marchemos.

—¿Marcharnos? ¿Adónde?

—A dónde tú quieras... A cenar por ahí, luego a un cine, o a un club. Donde tú quieras.

—Creía que habías venido a quedarte.

—Oh, no, London... Besas demasiado bien para eso. Lo cual me agrada mucho, pero una cosa son los besos y otra cosa es... otra cosa. Y cada cosa a su tiempo. Yo había venido a pedirte que me llevases a cenar.

—Ya... ¿Sólo a eso?

—También me gustaría que me beses varias veces. Pero... el amor hay que dosificarlo. Cuando se empiezan las cosas demasiado de prisa, casi siempre terminan mal.

—Eres muy sensata. Entonces, quedarnos en que esta mañana te has enamorado de mí, te has pasado el día pensando en mí, y finalmente, has decidido ponerme al corriente de ello, ir a cenar, conocernos mejor, besarnos... y que la cosa siga adelante digamos... por cauces normales y honestos.

—Oh, sí... ¡Sí, eso es!

—De donde se podría deducir que soy un tipo irresistible.

—Para mí, sí —sonrió ella.

—Claro... Para ti. ¿Y... qué soy para tu padre?

—¿Para mi padre? —se sorprendió Arlene—. ¿Qué tiene que ver mi padre con esto?

—Tú sabrás. Mira, muñeca, a mí me gustas muchísimo, y te aseguro que no tendría inconveniente en pasarme la noche besándote. Eso, en lo personal, pero...

—Pe... pero no entiendo... No he visto a mi padre desde esta mañana, y no hablamos de ti. No hemos hablado de ti él y yo. ¿De qué estás hablando?

—De soborno.

—¿De qué? —Se pasmó Arlene.

—De soborno. Ya sabes; un representante de la ley emprende una investigación, y entonces, la persona o personas afectadas por esa investigación, se llevan las manos a la cabeza, aterradas... Santo cielo, piensan, ese tipo lo va a descubrir todo si sigue por ese camino...

Vamos a ver si dándole algunos billetes le convencemos para que engañe a sus jefes y oriente las investigaciones hacia otro lado con gran habilidad.

—Espera —susurró ella—. Déjame reflexionar... ¿Estás diciendo que has emprendido una investigación sobre mi padre, y que él tiene algo que temer, y me ha... enviado a mí para ofrecerte algo a fin de que desvíes esas investigaciones?

—A eso le llamo yo tener el adecuado desarrollo mental, querida mía.

Arlene Harrison se puso en pie, de pronto pálida.

—Adiós, señor London —dijo, con voz temblorosa.

—Bay, bay, señorita Harrison. Por favor, cierre la puerta al salir. Soy muy propenso a los resfriados.

Ella se quedó mirándole fijamente, pero el
G-man

con seca sonrisita en los labios, se dedicó a abrir el sobre que le había entregado Archie, y a leer el mensaje que contenía. Cuando terminó, ella se había puesto la capita de piel, y estaba ya saliendo del saloncito.

—Un momento —pidió London—. ¿Te gustaría saber qué es exactamente lo que tengo contra tu padre?

—Ni tú ni nadie puede tener nada contra mi padre —replicó ella—. Es el hombre más bueno del mundo.

—En cierto modo, a mí me causa buena impresión —admitió él—. Y me gustaría que eso fuese cierto, sobre todo por motivos personales. Por desgracia, las cosas no siempre se acomodan a los deseos personales de un agente del FBI y ya que hablamos en sentido personal, quisiera saber si tú eres de las que aceptan las realidades, sean cuales sean, o estás... haciendo tu papel.

—Yo no hago ningún papel.

—De acuerdo, entonces. Espero poder demostrar muchas cosas muy pronto. Y tú serías un testigo de excepción, aunque dudo que

te avinieses a ello.

—¿De qué estás hablando ahora?

—Tengo la solución casi en la mano. Oirás muchas cosas sobre tu padre si tienes la amabilidad de acompañarme. ¿Conoces a un tal Charles Wendell?

—Mmm... Ah, sí. Sí, leí en los periódicos que...

—Ese mismo —cortó London, tendiéndole el mensaje—. Toma, lee esto.

Ella se acercó, tomó el papel y leyó en voz alta:

«Acepto. Venga a recogerme a Sweet Cola, y le diré todo sobre Harrison.

»Charles Wendell».

—¿Qué puede tener que decir este hombre sobre mi padre? —rechazó la muchacha—. Tengo entendido que le ha ayudado, que...

—Al parecer, el pobre Wendell es un desagradecido. ¿Me permites un minuto? —Cruzó el saloncito, y desde allí, Arlene le oyó hablar por el teléfono del edificio—. ¿Archie? Oiga, ¿quién le trajo ese mensaje para mí?

—...

—¿No dijo nada más?

—...

—¿Tampoco lo había visto antes?

—...

—De acuerdo, gracias.

Se oyó el chasquido del auricular al ser colgado, y el G-man reapareció.

—El mensaje lo trajo un muchacho desconocido. Dijo que era para mí, y eso es todo. ¿Sabes lo que es la Sweet Cola?

—Es una de las pequeñas industrias de mi padre.

—Exactamente. De donde se desprende que Charles Wendell es bastante listo. Debe haber docenas de hombres buscándolo, en toda Nueva York, lejos de aquí... en todas partes, menos, precisamente, «en casa». En cuanto a lo que Wendell puede decirme sobre tu padre, yo lo imagino, más o menos. Quizá a ti te gustaría oírlo.

—Sí.

—Pues en marcha... amor mío.

CAPÍTULO VI

Dejaron el coche una calle más arriba, en la Desbrosses, y se llegaron a pie a la Vestry, que quedaba exactamente delante del muelle veintinueve. Poco después, se detenían a cierta distancia de la planta de la Sweet Cola, que quedaba entre la Elevated Highway y los muelles. Tenía todo el aspecto de un gran almacén, muy propio del lugar. En la fachada había luz, haciendo destacar el letrero, colocado sobre una gran puerta doble, que se veía cerrada.

—Supongo que por la noche hay un vigilante en sitios como éste —murmuró London.

—Creo que sí.

—¿Lo conocerías?

—No lo sé. Mi padre tiene tantos empleados... Pero lo seguro es que él tiene que conocerme a mí.

—Ah, claro. Bueno, además es de suponer que si Wendell se ha cobijado ahí es que tiene confianza en ese empleado. Deben ser buenos amigos... Vamos allá.

Llegaron a la puerta y London se dio cuenta de que no estaba cerrada. La empujó y vio luz dentro. Cedió el paso a Arlene, entraron ambos, y se quedaron mirando a todos lados. Había dos luces encendidas, una a cada lado de la gran nave, que, estaba abarrotada de cajas de botellas de «Sweet Cola», formando grandes pilas, con pasillos entre ellas. A la derecha, cerca de la entrada, había un gran camión, a medio cargar. Al fondo, otros dos, vacíos.

Durante unos segundos, London Biddiscomber estuvo mirando a todos lados, con el ceño fruncido. Luego, cerró la puerta, y dio unos pasos hacia el centro del almacén.

—Wendell —llamó con voz contenida—. Soy Biddiscomber.

A su izquierda, y hacía adelante, oyó un rumor. Parecía una voz... Una voz ahogada, un quejido tal vez.

La pistola apareció en la mano del hombre del FBI.

—¿Wendell?

De nuevo aquel rumor, aquel quejido. Pistola por delante, el
G-man

se adentró en el pasillo de cajas, se asomó cautelosamente por el ángulo que formaban, y se irguió de pronto, sobresaltado. En el suelo había un hombre... Estaba tendido de bruces, atados los pies y las manos, y en la parte posterior de su cabeza se veía una mancha brillante, oscura.

London se acercó rápidamente, se arrodilló junto al hombre y le dio la vuelta. El hombre estaba todavía semiinconsciente, y tenía la boca sellada con un trozo de esparadrapo. Desde luego, no era Wendell.

—El vigilante —musitó London—. ¿Entonces...?

La luz se apagó, de pronto. Pero todavía quedaba su resplandor en el aire cuando London Biddiscomber había saltado ya hacia un lado, deslizándose por el suelo, muy abiertos los ojos, en vano empeño de ver algo.

—¡London! —Oyó la voz de Arlene—. ¡London!

El federal apretó los labios furiosamente. En una fracción de segundo, la aparente verdad estalló en su mente: le habían tendido una trampa, aquella nota no la había escrito Charles Wendell. En cuanto a Arlene Harrison, si formaba parte de la trampa, ahora debía pretender que él le contestase, que delatase su posición...

—¡London, contesta! —Sonó de nuevo la voz de ella, un tanto crispada—. ¿Dónde estás? Si no sales ahora mismo, voy a buscar a la pol...

Arlene Harrison no terminó su frase. De pronto, su voz se quebró en un grito de miedo. Luego, el silencio, hasta que se Oyó una voz bien diferente, de hombre.

—Oiga, tío listo, tenemos a su chica, así que piénselo. O tira su pistola, o le cortamos el cuello a ella...

¿Su chica?, pensó el

G-man,

sonriendo. Ésta sí que era buena.

—¿No contesta? Pues escuche...

No tuvo que esforzarse demasiado, desde luego, ya que el alarido de dolor de Arlene Harrison fue fortísimo, vibrante de dolor en tal grado que de ninguna manera podía ser fingido. Pese a esto,

todavía desconfiado, y no poco desconcertado, el agente del FBI no se movió, no hizo el menor ruido... hasta que volvió a oír el alarido de Arlene.

London Biddiscomber se puso en pie de pronto.

—De acuerdo —accedió—. Ahí va mi pistola.

La tiró al suelo, deslizándola lejos de él. Casi en seguida, se encendió la luz en ambos extremos de la nave.

—Salga de ahí —le ordenaron—. Caminé hacia donde están los camiones. ¡Con las manos sobre la cabeza!

Entrelazó los dedos sobre la cabeza, y salió del pasillo. En seguida vio a Arlene, tensa por el miedo, mirándole con ojos desorbitados. Detrás de ella había un hombre, que le tenía el brazo izquierdo doblado brutalmente hacia la espalda, y le apuntaba a la nuca con una pistola con silenciador.

—Siga hacia el camión, tío listo —oyó a su derecha.

Volvió la cabeza, y vio a otro hombre. Alto, fuerte, de expresión ceñuda. Sostenía un arma, también con silenciador, con una seguridad, un aplomo tal, que London comprendió que se hallaba ante auténticos profesionales del crimen. Siguió caminando hacia el camión a medio cargar, mirando a Arlene, que estaba pálida, aterrada.

Con seca sonrisita de sarcasmo hacia sí mismo, el agente del FBI se colocó en la postura en que los representantes de la ley colocan a los delincuentes que detienen para cachearlos. Notó las manos del otro recorriendo su cuerpo, expertamente.

—No lleva nada más —oyó.

Y en seguida, recibió un golpe en la espalda, a la altura de los riñones, tan fuerte que quedó en el acto sin aliento, y cayó de rodillas y luego de bruces, con medio cuerpo debajo del camión. Supo que le estaban arrastrando por un pie, y acto seguido, un terrible puntapié en el hígado lo dejó como paralizado, inmerso de pronto todo su cuerpo en un sudor frío. Otro puntapié, ahora en las costillas, lo dejó cara al techo, que se quedó contemplando, borroso, como ondulando extrañamente.

—Déjalo ya, y terminemos —oyó al otro, como si estuviese muy lejos de allí—. Hay que liquidarlo, eso es todo, y...

De un modo extraño, sorprendiendo a todos, sonó un timbre en alguna parte. Un teléfono. Parecía un teléfono.

—Vamos, terminemos con ellos —apremió el mismo que había interrumpido su frase.

—Espera... ¿Y si nos llaman a nosotros? Pero, aunque llamen al vigilante, tenemos que contestar. No queremos que encuentren los cadáveres hasta por la mañana, ¿verdad? Si nadie contesta al teléfono, enviarán a alguien a ver qué pasa... Yo iré.

—Cuidado con lo que dices.

El teléfono seguía sonando, en alguna parte. London consiguió incorporarse sobre un codo, sacudió la cabeza, y su visión se aclaró. Delante de él, estaba aquel sujeto, todavía apretando brutalmente el brazo de Arlene contra su espalda. El federal parpadeó al ver el estado de la muchacha; ya no llevaba la carísima capita de pieles, y su precioso vestido había sido rasgado, de tal modo que toda la parte derecha de su busto quedaba al descubierto completamente... Estaba muda de espanto. O lo parecía, al menos...

—Tienes unas narices muy largas, tío listo —dijo el hombre que la sujetaba—. Así que te las vamos a taponar para siempre.

—¿Igual que a la mujer de Fisker? —preguntó roncamente London—. ¿Igual que a Barrow y a Keller? ¿Igual que a la niña que se interpuso entre ellos y vuestras balas?

—Exactamente igual —sonrió duramente el hombre.

London Biddiscomber no pudo contener un estremecimiento al tener la certeza de que aquellos dos hombres, y no Carson y Porter, eran los que habían matado a la niña de siete años... Su mirada quedó fija en el asesino, que le contemplaba burlonamente. Como un lejano rumor llegaba hasta ellos la voz del otro, hablando por teléfono. Y de pronto, oyeron su exclamación de sobresalto. Casi en el acto, colgó el teléfono, y le oyeron acercarse, corriendo. Apareció todavía sobresaltado, mirando con los ojos muy abiertos a Arlene Harrison.

—¡Déjala! —exclamó—. ¡Y ven aquí!

—¿Qué pasa?

—Que la dejes, maldita sea nuestra estampa.

—Nos la podríamos llevar para gozar de...

—Ven aquí, estúpido.

Por fin, el otro obedeció, y se acercó al que había atendido la llamada. Los dos quedaron cerca, desde luego, apuntando al G-man

mientras conversaban. El que había maltratado a London respingó, y su mirada, alarmada, fue hacia Arlene, que parecía petrificada, alucinada. Los dos parecían presa de un gran sobresalto. Por fin, se acercaron a London.

—Tú, levántate y camina hacia el despacho.

London Biddiscomber se hallaba en pleno trabajo mental. Averiguar su domicilio no representaba ninguna dificultad; sólo había que echarle un vistazo al directorio telefónico. Luego, le engañan enviándole una, nota firmada por Charles Wendell, y él, como un perfecto cretino, se traga el anzuelo. Acude a la cita con Arlene Harrison, y, obviamente, aquellos dos sujetos no habían tenido él menor inconveniente en aceptar también la muerte de la muchacha. Pero de pronto, suena el teléfono... y la llamada es precisamente para ellos. Una llamada, evidentemente, relacionada con Arlene Harrison. Y ahora, querían que él fuese hacia el despacho de la nave, lo colocarían de modo que pareciese que había estado por allí buscando algo y le dispararían... Lo cual era absurdo. También era absurdo que...

—¡Te he dicho que camines!

London se puso en pie, mucho más trabajosamente de lo que requería su estado físico en realidad. Parecía que las piernas no podían sostenerlo. Quedó vacilante, procurando que su mirada resultase apagada, incierta.

—¡Vamos, hacia el despacho!

Dio un paso, tambaleándose... En aquel mismo momento, Arlene Harrison reaccionó. Abrió la boca en el principio de un grito, mientras, salvo que London estuviese viendo visiones, se disponía a saltar contra uno de los asesinos.

El cual fue mucho más rápido que la muchacha. Saltó hacia ella, se colocó velozmente detrás pasándole un brazo por la garganta.

Mientras el otro respingaba ante la velocísima e inesperada reacción de aquel agente del FBI que parecía no poder sostenerse en pie. Quizá no pudiera sostenerse en pie, pero lo cierto era que podía volar... Lo vio llegar sobre él en un salto increíble quiso disparar... pero la musculosa mole de London Biddiscomber cayó sobre él de lleno, aplastándolo contra el suelo, donde su cabeza sonó como si fuese un coco. La pistola escapó de su mano, y London se desentendió inmediatamente de él para gatear a toda prisa hacia el

arma, demudado el rostro.

Maravillado subconscientemente, consiguió llegar hasta la pistola, empuñarla; sin que el que sujetaba a Arlene hubiese disparado contra él. Motivos: mientras él y el otro caían al suelo, Arlene había asido con ambas manos la izquierda de su aprehensor, y en su afán angustiado para quitarse aquel dogal de su garganta, tiró tanto hacia afuera que los dedos del hombre crujieron, rotos hacia el dorso de la mano.

Así, mientras el

G-man

se volvía pistola en mano, el asesino lanzaba un aullido terrible de dolor, y al mismo tiempo que Arlene conseguía escapar de la asfixiante presa dejando al hombre tambaleante, llenos de lágrimas los ojos, el federal apretaba el gatillo de la pistola recién conseguida.

Plop.

El asesino recibió la bala en pleno corazón, lanzó un chillido y saltó hacia atrás, simultaneando su caída con la de Arlene, que lo hizo de rodillas, lanzando un gritito de dolor. London se deslizó velozmente hacia ella, y la tomó de un brazo. Estaba ayudándola a ponerse en pie, notando en su mano el temblor de la muchacha, cuando vio el reflejo de terror en los ojos de ésta.

London Biddiscomber sólo volvió la cabeza. Un millón de alfileres parecieron clavarse en su cuero cabelludo, al ver al segundo asesino recogiendo la pistola del que acababa de morir. Vio el brillo satánico de sus ojos. Vio el brillo de la pistola en el aire para encararse hacia él.

Entonces, pasó su brazo derecho por debajo del izquierdo y apretó de nuevo el gatillo.

Plop.

El asesino se puso en pie de un salto, con la pistola en sus crispados y súbitamente rígidos dedos. Por una fracción de segundo, estuvo en pie, permitiendo que el

G-man

y la muchacha viesan perfectamente el pequeño orificio en el centro de su frente, sus ojos desorbitados... Luego, de pronto, cayó de bruces, como un palo, tieso, ya muerto.

Arlene Harrison se abrazó al

G-man

sollozando fuertemente, y éste no se movió. Aceptó el desesperado abrazo, inmóvil, todavía demudado el rostro. Además sobre el amortiguado rumor de La circulación en la Elevated Highway, llegó hasta allí la sirena de uno de los vapores que navegaban por el Hudson River.

—Dios mío... —tartamudeó por fin Arlene—. Querían matarnos.

London no contestó. La apartó amablemente, y al hacerlo, su mano izquierda rozó el desnudo seno de la muchacha. Se quitó la chaqueta y se la puso sobre los hombros.

—Cúbrete —musitó—. Casi hace frío.

La dejó allí, temblando, apretando la chaqueta masculina contra su cuerpo, y se acercó al más cercano de los asesinos, al que había acertado en pleno corazón. Cuidando de no mancharse de sangre, le extrajo la billetera. Se llamaba Waldo Timberley. Luego, hizo lo mismo con el otro: Morton Jarrell.

—¿Los conocías?

—No —negó ella—. Oh, no, Dios mío, no...

—Pues cabe en lo posible que sean empleados de tu padre, mi amor. Nos enteraremos de eso. Aunque... ¿qué vamos a conseguir? Aceptando que fuesen empleados de tu padre, no se puede tampoco ésta vea acusarlo a él de nada. Es como... como si un agente del FBI hiciese algo deshonesto y la ley decidiera acusar por ello a nuestro director. ¿Cómo puede responder un hombre por todos sus empleados, por lo que éstos hagan particularmente? Pueden constituir, estos actos, un indicio, ciertamente, pero nunca una prueba...

—Mi padre no... no puede tener nada que ver con hombres como... como éstos...

—Ojalá fuera así —musitó London—. Tarde o temprano, lo sabremos, Arlene. De momento, una cosa es segura; estos dos hombres son los que mataron a la niñita, delante de la cafetería... Con esto yo debería darme por satisfecho —añadió duramente—. Los he matado a los dos, personalmente... No me podría caer satisfacción mayor. Me siento crudamente feliz por ello. Ya sé que nadie de los que ellos han matado volverá a la vida, pero... Bien, creo que ya he colaborado bastante en este caso. He terminado, que los demás sigan adelante.

—¿Qué quieres decir?

London se quedó mirándola fijamente. ¿Se lo decía? ¿Le decía lo que pensaba en aquellos momentos? Sí, podía decirle que quería dejar el caso, porque tenía la certeza de que Sidney Harrison era culpable de organizar todo aquello, y él no quería seguir adelante contra el padre de ella. Podía decirle que la persona que había llamado por teléfono hacía unos minutos, lo había hecho para advertir a los dos asesinos que la mujer que había llegado con el agente del FBI era la hija de Sidney Harrison y que eso era lo que había provocado el sobresalto en Jarrell y Timberley, que por supuesto cambiaron radicalmente de actitud con respecto a ella.

—Nada —susurró—. No quiero decir nada. No te muevas de aquí; ahora soy yo quien va a telefonear.

CAPÍTULO VII

El inspector Blansfield examinó superficialmente los dos cadáveres; se puso en pie haciendo una seña a los empleados de la Morgue, y se volvió hacia London y Arlene. El primero, de pie, junto a la muchacha, sentada sobre una caja de botellas que el

G-man

había bajado de unas pilas.

—Siempre prefiero que no haya sangre —dijo el inspector del FBI—. Pero en esta ocasión, te felicito, London.

—De todos modos —murmuró éste— había sido mejor capturarlos vivos; ahora no podrán decir nada.

—Parece que todo el mundo va quedando silencioso —dijo sombríamente Blansfield—. La muchacha también ha muerto.

—¿La novia de Johnny Wendell?

—Sí. Te estuvimos llamando a tu apartamento para ponerte al corriente. ¿Qué tal, Jess?

El

G-man

que atraía su atención señaló hacia el vigilante nocturno de la Sweet Cola, que se estaban llevando en una camilla.

—Se pondrá bien, no es nada... Un buen golpe, nada más.

—Lo celebremos.

—¿Hacemos algo por aquí, señor?

—No, no... ¿Para qué? Por muchas fotografías y huellas que tomásemos, nunca sabríamos mejor las cosas que contándonoslas. Diles que se pueden llevar los cadáveres.

—Sí, señor.

Blansfield regresó su atención a London y Arlene y les ofreció cigarrillos a ambos. Mientras tanto, captaba la seña de otro agente del FBI en la puerta de la nave; le hizo señas a su vez, para que esperase, y miró directamente a la muchacha.

—Señorita Harrison...

—¿Eh...? —Lo miró ella, sobresaltada.

—Creo que debería usted regresar a su casa.

—Sí... sí.

—Uno de mis hombres la acompañará con un coche...

—Quisiera que me llevase London... ¿No puede ser?

—El agente Biddiscomber —replicó fríamente Blansfield— está muy cansado y magullado, señorita Harrison. Merece...

—Lo haré yo mismo, señor, si no se opone... Así, recuperaré mi chaqueta... —murmuró London.

—No —negó Blansfield—. Tú no.

—Pero señor...

—¡Tú no! —estalló el inspector—. Ya han querido asesinarte una vez, así que irás a descansar... a la Delegación. Nada de acercarse a les Harrison.

Arlene contemplaba con expresión desorbitada al inspector del FBI.

—Usted... usted parece creer que... que hasta yo misma podría... querer matar a London...

Blansfield encogió los hombros. Pareció a punto de decir algo, pero otro

G-man

se plantó ante él en aquel momento.

—Hemos llamado a la casa de la señorita Harrison, señor. Pero hemos tenido que dejar el recado a un criado, pues Harrison no estaba.

—¿No habéis localizado el domicilio de su gran amigo y vicepresidente, el irritable Richard Potters? —sugirió London.

—Sí, desde luego, pero allí no contesta nadie, Bid.

—Está bien —intervino Blansfield—. Ya le avisarán Mientras tanto, Floyd lleva tú mismo a su casa a la señorita Harrison.

—No —negó con voz trémula la muchacha—. No, no.

Quiero que me acompañe London... Quiero que se quede conmigo, no le pasará nada.

Primero se aferraba a una mano del

G-man

y de pronto, le echó los brazos al cuello y lo besó, con desesperación, profundamente, apretándose contra él como si

quisiera quedar incrustada. Blansfield y los demás hombres del FBI se quedaron contemplando la escena, incrédulos. London Biddiscomber no se movió; parecía de piedra.

—Señor...

Blansfield se volvió vivamente hacia el
G-man

que requería su atención.

—¿Qué ocurre? —exclamó—. Te he dicho que esperases, ¿no es así?

—Sí, señor, pero... Le ruego que me escuche, señor.

—Está bien... Perdona, muchacho. ¿Qué pasa?

El agente del FBI se llevó aparte al jefe, y le cuchicheó algo al oído. La mirada de Blansfield se volvió hacia London y Arlene. Ella había terminado de besarle, y se abrazaba a él, se aferraba. London Biddiscomber estaba lívido.

Blansfield volvió ante ellos.

—Noticia interesante, señorita Harrison —deslizó fríamente—. ¿Le gustaría ver cómo quedan las cosas después de que su padre da sus órdenes?

Arlene le miró sin comprender.

—¿Qué ha ocurrido... ahora? —preguntó London.

—La pregunta es para la señorita Harrison —eludió Blansfield—. ¿Qué? ¿Quiere usted ver con sus propios ojos?

—¿Qué... qué tengo que ver?

—Si se lo digo, la sorpresa no será tal. Vamos, decídase, venga con nosotros. Oh, no tema; London también va a venir. El espectáculo vale la pena para todos.

Valía la pena, ciertamente, pero sólo en sentido aleccionador. Por lo demás, el espectáculo no podía ser más sangriento. Lo que habían visto afuera, al llegar a la pequeña casita de Greenwich Village, fue un coche de la policía, con sus hombres de dotación cercando la casa. Dentro, dos agentes del FBI que se habían desplazado inmediatamente desde la Delegación cuando la policía pasó el aviso de que, finalmente, de modo en verdad casual y curioso, había sido hallado Wallace Carson, el hombre que Eddie Garvan había herido en un brazo.

Ahora, Wallace Carson estaba mucho peor que herido en un

brazo. Muy cómodo, eso sí, sentado en un sillón del pequeño y coquetón *living* de la casita, pero muy muerto, debido a los tres balazos recibidos en pleno corazón. Su boca se había abierto en un gesto crispado, de dolor, y al parecer, de sorpresa. Sus ojos casi estaban fuera de las órbitas, y parecían dos feas bolas de cristal.

Pero esto no era todo. Muy cerca de él, había otro hombre, también muerto, caído de bruces. Nadie lo había movido, pero tampoco hacía falta para saber que, asimismo, debía tener dos o tres balazos en el pecho. Este hombre se hallaba en mangas de camisa, y cerca de su mano derecha, se veían unas largas pinzas de cirujano, sobre una mesita colocada junto al sillón que ocupaba Wallace Carson, había un maletín abierto, y sobre un paño blanco extendido, varios instrumentos más de cirugía menor. En cuanto a Carson, estaba desnudo de cintura para arriba, y no hacía falta ser un gran experto para comprender que la herida del brazo había comenzado a ser tratada.

Todo esto, se veía de un solo vistazo. Un solo vistazo que dejó a Arlene Harrison con la palidez de la muerte, clavada en el suelo, crispada su boca... Por su parte, tanto London, como Blansfield y los otros dos

G-men

que habían ido con ellos, no reaccionaron en modo alguno. Simplemente, miraron.

Por fin, Blansfield asintió con la cabeza, y le hizo una seña a uno de los dos federales que habían acudido allí desde la Delegación del FBI a la llamada de la policía.

—¿Quién los encontró?

—Una mujer, señor, la inquilina de la casa. Está ahora en el dormitorio, con un policía que intenta calmarla. Ha tenido un ataque de nervios, pero parece que ya va cediendo.

Blansfield miró hacia la puerta del dormitorio señalado por el agente.

—¿Habéis podido conseguir que diga algo coherente?

—Creo que hemos podido obtener una explicación bastante clara, señor.

—Muy bien. ¿Y...?

—La chica se llama Lucille Salters. Trabaja en Coney Island, de modo que pasa allí todo el día. Suele llegar aquí alrededor de las

ocho, porque acostumbra a cenar con algunos compañeros allí, salvo que esté citada con Carson.

—¿Es su novia?

—Algo parecido, señor.

—Ya. ¿Qué más?

—Ella regresó esta noche, y se encontró con esto. Salió como loca a la calle, gritando. Algunos transeúntes, la detuvieron. Total, que intervino la policía. En la chaqueta de Carson encontraron su documentación; entonces, llamaron a la Delegación.

—¿Eso es todo?

—Por el momento, señor, es lo que hemos comprendido.

—¿Y este hombre quién es?

—Deducimos que es médico, pero esperamos su autorización para registrarlo, naturalmente, señor.

Blansfield asintió con la cabeza.

—Esperaremos a los de Huellas... Supongo que ya están en camino.

—Sí, señor.

El inspector del FBI volvió a asentir con la cabeza y se volvió hacia la demudada Arlene. Abrió la boca, con gesto agrio, pero la cerró con fuerza, vaciló y por fin masculló:

—Floyd, llévatela. Y dale tu chaqueta, para que le devuelva a London la suya.

—Sí, señor.

El

G-man

se quitó la chaqueta, pero London se la arrebató, se llevó a Arlene a la cocina, y allí se efectuó el cambio de chaquetas. La muchacha parecía una muñeca desarticulada, rota...

—¿Eso... eso se... se supone que lo ha ordenado mi... mi padre...? —susurró, de pronto.

—Sí, Arlene.

La tomó del brazo, y ella cedió dócilmente. En el *living* Floyd se hizo cargo de Arlene y ambos salieron de la casita. Parecía que Arlene Harrison hubiese perdido toda capacidad de reacción.

—Le agradezco que no se haya ensañado con ella, señor.

Blansfield miró a London.

—Todo tiene un límite... Después de ver esto, creo que no hace

falta decir una sola palabra.

—Posiblemente, hayamos sido excesivamente duros con ella.

—¿Qué quieres decir?

—Yo diría que es evidente que ella no sabe nada de nada.

—Quizá. ¿Puedes explicarme por qué te besó?

—Dice que me ama, señor.

—¿Te ama? No comprendo... ¿Cuánto hace que os conocéis?

—Nos vimos por primera vez esta mañana, en el despacho de su padre.

Blansfield se quedó con la boca abierta. Luego, parpadeó. Finalmente, soltó un gruñido y dijo:

—Ocupémonos de nuestro trabajo.

Y a continuación pusieron manos a la obra.

—Respecto a esto, no parece que podamos equivocarnos demasiado —dijo el inspector Blansfield—. Wallace Carson comprendió que estaba en un grave apuro, y ciertamente, puesto que sabía que por lo menos Johnny Wendell había quedado con vida, no podía ir a su domicilio a curarse esa herida en el brazo, así que vino aquí, a casa de su... novia. Tenía llave, y... ¿O no tenía llave, señorita Salters?

—Sí —musitó la muchacha—. Sí, señor, tenía llave. Yo se la había dado hace tiempo.

—Lógico... Bien, vino aquí, y entonces llamó a un médico en el cual debía confiar. El médico vino, y comenzó a curarlo... Sin embargo, Carson había cometido un gravísimo error: avisar también a otra u otras personas de lo sucedido. Esa persona o personas, apenas, colgó el teléfono, dio la orden de que Carson fuera eliminado, pues de otro modo los ponía a todos en un grave compromiso... Sabía que lo estaban buscando, y que tarde o temprano, sería encontrado, así que lo sentenciaron a muerte. Carson debió decirles dónde estaba, y vinieron aquí. El médico, que estaba curando a Carson, fue a abrir la puerta... El enviado de la ABC entró se hizo cargo de la situación, y entonces los mató a los dos. Una vez más, nos cortaban toda posibilidad de interrogar a alguien que sabíamos trabajaba para la ABC.

—Es decir, que solamente nos queda Charles Wendell —dijo London—. Y no va a ser fácil encontrarlo. A menos que Johnny quiera decirnos dónde puede estar.

—Deberíamos convencerlo —asintió Blansfield—. Ese muchacho no se da, cuenta de la realidad... de la clase de gente que está buscando a su padre. Gente que no se detiene ante nada. A menos que le hagamos comprender esto, y que sólo estará a salvo bajo nuestra protección, Charles Wendell caerá tarde o temprano.

—¿Está todavía Johnny en la clínica?

—Es de suponer que sí.

—Podemos ir a buscarlo, llevarle a la Delegación y apretarle los tornillos. Con toda la dureza que haga falta, señor... A fin de cuentas, sólo queremos ayudarle a él y a su padre.

—Iremos tú y yo —asintió Blansfield; hizo una seña hacia los demás agentes del FBI—. Donovan... vosotros seguid con esto. Veamos qué podéis aclarar para cuando nos encontremos en la Delegación.

—Sí, señor.

Blansfield se colocó delante de Lucille Salters, que si bien se hallaba muy deprimida, se había calmado.

—¿Está segura de que nos lo ha dicho todo, señorita Salters?

—Sí, sí. Todo.

—¿No vio nada, aparte de lo que nos ha contado?

—Les... les he dicho todo lo que sé, lo que vi.

—De acuerdo. ¿Podemos hacer algo por usted? Si lo desea, puede usted pasar la noche en la Delegación del FBI o bien podemos enviarle a alguien, para que no esté sola.

—No... No. Si se llevan... eso —señaló los dos cadáveres ya cubiertos—. Creo que... estaré bien.

—Como guste. Desde luego, no tardarán en llevárselos. Si necesita algo, por favor, no deje de contar con nosotros. Vámonos, London.

CAPÍTULO VIII

London Biddiscomber soltó la blanca mortaja, que volvió a cubrir el cuerpo de Susy. Miró a Blansfield, que estaba tan impresionado como él y luego, ambos miraron a Johnny Wendell que estaba sentado en una silla blanca, cerca de la entrada del Depósito de Cadáveres de la clínica.

Se acercaron a él. Tenía la mirada perdida, el gesto estupefacto. Parecía que no se enteraba de nada.

—Johnny.

El muchacho alzó la cabeza, miró a London... Luego al inspector Blansfield. Y de nuevo a London.

—Está muerta —dijo.

El

G-man

tragó saliva.

—Tienes que decirnos dónde está tu padre, Johnny. Es en bien de todos. Tenemos la certeza de que el puede aportar pruebas suficientes para detener a Sidney Harrison. Y una vez hecho esto, todo lo demás vendrá por sí solo; aniquilaremos a la ABC. Es el único modo de terminar con esto, Johnny. ¿Lo entiendes?

—No... no sé dónde está mi padre... No lo sé...

—Escucha. Voy a hacerte un pequeño resumen de todo este asunto. Fíjate bien, la ABC está creciendo cada día más, es una especie de telaraña que cada día se va ensanchando. Hay de todo en ella, los más sucios negocios, amparados bajo empresas que todo el mundo considera honradas, como son, por ejemplo, las de Sidney Harrison. Cuando una de esas empresas se niega a formar parte de la ABC, eliminan a sus propietarios o directores. Eso fue lo que hicieron con Keller y Barrow; los acribillaron, llevándose por delante la vida de una niña de siete años. Sabemos ahora que dos sujetos llamados Waldo Timberley y Morton Jarrell fueron los

ejecutores directos de Barrow y Keller, los asesinos de la niña... Tu padre estuvo allí, y ninguno de nosotros cree que fuese por casualidad. Le dieron órdenes, y él las estaba cumpliendo; tenía que proteger la retirada de los dos asesinos, y lo hizo. Fue detenido por esos motivos, pues la policía sospechó. Pero, sin pruebas, tuvieron que aceptar la fianza. Yo estuve esperándole, hablé con él y no quiso hacerme caso... ¿Sabes cuáles han sido las consecuencias de que tu padre no quisiera aceptar mi trato, Johnny?

—No.

—En primer lugar, enviaron a un hombre a esperarlo, para matarlo por ahí. Pero tu padre tuvo muchísima suerte, y fue él quien pudo matar a su presunto asesino, un tal Jack Fisker. Comenzamos a seguir la pista de éste, pero, para cortárnosla completamente, los de la propia ABC enviaron a matar a su mujer. Yo la encontré muerta. Ya van dos, Johnny. Dos muertos, los Fisker. Después de matar a la mujer, los dos asesinos, que ahora suponemos eran Carson y Porter, fueron a tu apartamento, y allá hirieron a mi compañero Eddie Garvan y a Susy. Allí mismo, Eddie mató a Porter. Van tres muertos. Luego, debido a la herida Susy ha fallecido también; van cuatro, Johnny. Habíamos pedido la colaboración de todas las autoridades para encontrar a Wallace Carson, y afortunadamente, no hemos tardado mucho en encontrarlo. Sin embargo, tanto él como el médico que le estaba atendiendo ilegalmente, fueron también asesinados. Ya van seis muertos. Pero antes, habían querido matarme a mí en la Sweet Cola, y todavía no sé cómo pude salvarme. El hecho cierto es que maté a dos hombres, los asesinos de la niña, Jarrell y Timberley; ya van ocho muertos. Si los sumamos a los comerciantes Barrow y Keller, son diez muertos, Johnny. Y contando a la niña, once. No sé si te das cuenta, muchacho, ¡once muertos! Ocho de esas muertes podrían haberse evitado si tu padre hubiese aceptado mi oferta.

—¿Quiere decir que el culpable de todo es mi padre?

—No... No, no, hombre... ¡Qué barbaridad, claro que no! Lo que yo digo es que todo esto podría haberse evitado sólo con que él se hubiese mostrado razonable. Y te pregunto. ¿Tampoco tú quieres ser razonable, Johnny?

—Sí. Yo sí, pero... no sé dónde está mi padre, se lo juro.

—Piénsalo bien, Johnny.

—Ya le he jurado que no lo sé. Si lo supiera, se lo diría. Se lo diría ahora mismo, para que pudiesen detener a Sidney Harrison, a toda la ABC, a todos éstos.

La vez de Johnny Wendell se quebró. Su mirada fue hacia donde su novia yacía, ya fría como el mismísimo mármol. Le vieron morderse los labios, dejar caer la cabeza sobre el pecho... y eso fue todo.

El

G-man

se volvió hacia su jefe.

—Creo que este muchacho dice la verdad, señor; no lo sabe.

—Ésa es también mi impresión —admitió Blansfield—. Bien, será mejor que vayamos a la Delegación, a ver si ya han sabido algo los muchachos... Será mejor que usted se venga con nosotros, Johnny.

Johnny Wendell no contestó, no se movió. London le tocó en un hombro.

—Deberías...

—¡Déjeme! —se desasíó con ferocidad Johnny—. Déjenme en paz, quiero quedarme aquí.

—Sería preferible que...

—Déjalo —murmuró Blansfield—. No está en condiciones de razonar ahora, London... Esperemos que se reponga pronto. Vamos.

Un par de minutos más tarde, los dos entraron en el coche de servicio. London se colocó al volante, puso en marcha el vehículo, y apenas se había despegado del bordillo sonó el radioteléfono.

—Inspector Blansfield —atendió éste la llamada—. ¿Qué hay?

—Señor. Soy Donovan. Le he llamado ya un par de veces, pero...

—No estaba en el coche. ¿Qué ocurre ahora, Donovan?

—Es respecto al médico, señor. Después que terminaron los de Huellas, lo registramos. Lleva documentación completa; se llamaba Shelwyn Nolan. Desde luego, era médico... Llamé a Fichero, y él estaba allí, señor; hacía más de dos años que se le había retirado la licencia para ejercer la medicina.

—¿Motivos?

—Bueno... Se dedicaba a atender a muchachas solteras, señor, usted entiende...

—¿Abortos?

—Eso, y cosas más o menos sucias por el estilo.

—Vaya... No se puede decir que vayamos a llorar mucho su muerte, ¿verdad? De todos modos, no hay por qué sorprenderse, un tipo como Wallace Carson sólo podía tener amistades de esa clase... ¿Algo más, Donovan?

—Por el momento, no, señor. Nos vamos a dedicar ahora al asunto de Balística y demás.

—De acuerdo; London y yo estamos en camino, tardaremos veinte minutos en llegar. Hasta ahora.

Colgó el radioteléfono y suspiró profundamente. London tenía el ceño fruncido.

—La clave de todo esto está en Charles Wendell —musitó—. Ese hombrecillo hubiese podido evitar todo esto tan sólo aceptando mi proposición.

—Debía estar muy asustado.

—Lo estaba, sin la menor duda. Tan asustado que no tuvo fuerzas para negarse a subir al coche en el que le esperaba Jack Fisker... ¿Cómo no comprendió que estando vivo era un gran compromiso para quien le había dado órdenes de apoyar a Jarrell y Timberley?

—A lo mejor, le asustaba más el FBI que la ABC.

London Biddiscomber sonrió secamente.

—Ah... Eso no me sorprendería nada, señor. Ahora, si está en Nueva York, es muy posible que se haya ido enterando de todo lo que ha ido sucediendo.

—Quizá eso le haga reflexionar.

London movió dubitativamente la cabeza.

—No sé... Bien, reflexionar sí que reflexionará, pero será para aumentar su miedo. Un sujeto así, lo único que debe pensar en estos momentos es esconderse lo mejor posible. Debajo tierra. No será fácil encontrarlo, desde luego.

—Le está esperando en su despacho, señor. Creímos que era el mejor sitio. Floyd está con él.

London y Blansfield que acababan de entrar en la Delegación del FBI miraban a Donovan sin comprender.

—¿Quién me está esperando? —masculló Blansfield.

—Charles Wendell, señor. Bueno, en realidad, ha dicho que quería ver al agente del FBI que anoche le esperaba a la salida del

Police Department.

—Ése soy yo —exclamó London, todavía estupefacto, como Blansfield—. Pero no entiendo eso. ¿Estás seguro de que es Charles Wendell?

—Seguro —asintió Donovan.

—Por todos los demonios...

Casi echaron a correr por el pasillo los tres. Llegaron al despacho de Blansfield y apenas Donovan hubo abierto la puerta, lo vieron. Entraron y Donovan cerró. London y Blansfield miraban, todavía sin salir de su asombro, al hombrecillo, que se había puesto en pie, y a su vez los contemplaba con los ojos muy abiertos.

Floyd dijo:

—Dejé a la señorita Harrison en su casa, señor, y me vine aquí. A los pocos minutos, llegó Wendell, y me pareció que debía traerlo aquí.

Blansfield aprobó con un gesto. London se pasó la mano por la boca y de pronto estalló:

—Por el amor de Dios, hombre... ¿Dónde ha estado metido?

—Bu... bueno yo... yo me he estado escondiendo, porque temía... Es que... Mire, le juro que yo no sabía que iban a...

—Cálmese —gruñó Blansfield—. Vamos a tomarnos las cosas con toda la calma que el caso requiere. De modo que siéntese, fume, tranquilice sus nervios, y entonces conversaremos con sensatez. ¿De acuerdo?

—Sí... Sí, señor.

Charles Wendell volvió a sentarse, y los demás hicieron lo mismo. London le miraba absorto, todavía incrédulo. Pero, en el fondo, había que admitir que Wendell había hecho lo que más le convenía si quería seguir viviendo. Mucho tenía que haberle costado aquella decisión de entregarse al FBI pero... ¿qué otra cosa podía hacer? ¿Pasarse la vida huyendo, esperando en todo momento que un asesino profesional de la ABC apareciese ante él pistola en mano?

Donovan ofreció un cigarrillo a Wendell, que lo aceptó con mano temblorosa. Nadie dijo nada, hasta que comprendieron que el hombrecillo se iba serenando rápidamente.

Entonces, London espetó, sin contemplaciones:

—¿Mató usted a Jack Fisker, Wendell?

Éste se atragantó, se mordió los labios. Comenzó a mover negativamente la cabeza, pero, de pronto, la dejó caer sobre el pecho, derrotado.

—Sí... sería una tontería negarlo... ¡Pero es que él quería matarme a mí, y yo...!

—Ya hemos supuesto eso.

—¿Que va a ser de mí? —gimió Wendell—. Yo nunca he matado a nadie, nunca creí que sería capaz de hacerlo, pero cuando vi que él quería matarme, que se reía de mí...

—Respecto a esa parte del asunto, me parece que podrá contar con nuestra ayuda. Pero entienda, Wendell, que las cosas han cambiado con respecto a anoche... Anoche, cuando le hice mi oferta, usted no había matado a nadie.

—Pero es que Jack quería...

—Matarle, ya lo sabemos. Mire, Wendell, nosotros le vamos a apoyar en ese aspecto, pero no podemos garantizarle que no le condenen aunque sólo sea a un año o dos de cárcel. Naturalmente, nadie va a dudar de que usted obró en legítima defensa. Así que, insisto, le vamos a ayudar. Sobre lo otro, también le ayudaremos, ésa fue mi oferta. Pero, claro, usted nos ha de dar algo a cambio... ¿Fue ése el trato?

—Sí... Sí, señor, sí.

—¿Está dispuesto?

—Sí.

—Yo le pedí información suficiente para contar con un punto de ataque contra la ABC. ¿Tiene usted ese... punto de ataque?

—Creo... creo que sí.

—Muy bien. Empezaremos por el principio. ¿Recibió usted o no recibió usted órdenes para proteger la escapada de Morton Jarrell y Waldo Timberley después que éstos hubiesen matado a los comerciantes Keller y Barrow?

—Sí... Sí. ¡Pero a mí no me dijeron que iban a matar a nadie!

—¿Qué le dijeron?

—Me... me dijeron solamente que ellos tenían que hacer «algo», y que en cuanto hubiesen pasado con el coche, yo debía bloquear aquella calle. Eso es lo que me dijeron. Nada más.

—Quiere decir que usted no sabía que iban a matar a dos hombres. ¿No es eso?

—¡Sí, eso es! Yo no lo sabía.

—¿Qué creyó que iban a hacer ellos dos, Wendell?

—No sé... No lo sé. No pensó en ello. Y en lo que menos pensé es en que fuesen a matar a alguien. Yo no le hacía nunca preguntas al señor Potters. El me decía lo que tenía que hacer, y...

—Espere —parpadeó London—. ¿Ha dicho Potters?

—Sí, sí.

—¿Richard Potters, el vicepresidente de Sidney Harrison?

—Sí, ése.

—¿El que le daba las órdenes a usted?

—A mí y a todos, sí. Bueno, al menos, a los que yo conocía.

—¡Entonces...! ¿Sidney Harrison jamás le dio una orden de esas... especiales, Wendell?

—No. El no, nunca. El señor Potters era el intermediario entre el señor Harrison, y los demás...

—Un momento. Explique mejor eso... ¿Quiere decir que en efecto, Sidney Harrison tiene algo que ver con la ABC, pero que Potters era quien daba la cara ante ustedes?

—Sí... Bueno, así lo teníamos entendido todos, y cuando hacíamos comentarios al respecto, Potters no lo negó jamás. Quiero decir que para todos estaba bien claro que el señor Harrison formaba parte de la ABC como uno de los miembros más importantes, y que Potters siempre se encargaba de darnos sus órdenes.

—Eso podría significar que Harrison le dijo a Potters que ustedes hiciesen lo de Keller y Barrow, ¿no?

—No sé lo que les diría a los otros. A mí me dijo lo que tenía que hacer, y, como otras veces, no hacía falta aclarar que la orden provenía del señor Harrison. En realidad, todos sabíamos que era así.

—En tal caso, podemos decir que el señor Harrison encargó que usted fuese puesto en libertad bajo fianza, para que Jack Fisker lo recogiera y se lo llevara por ahí a matarlo... Potters, simplemente, fue repartiendo esas órdenes a los que debían intervenir. ¿Lo definiría usted así, Wendell?

—Claro... ¿De qué otro modo, si no?

—Dígame, ¿cuán importante calcula usted que es Sidney Harrison dentro de la ABC?

—Eso no lo sé. Sé que es muy importante, pero no cuánto.

—Ya. ¿Sabe usted muchas cosas sobre la ABC, Wendell?

—Bueno... Algunas sí. Claro...

—Digamos una, un ejemplo.

—Pues... Bueno. —Wendell tragó saliva—. Sé... sé por ejemplo, que en uno de los almacenes de la cadena del señor Harrison, hay... hay un departamento que... que vende regalos para señoras, y... Quiero decir que cuando un marido necesita hacerle un regalo a su esposa, va a ese almacén, a ese departamento, allí le dan consejos, sugerencias, le hacen quedar bien con su mujer... De modo que ese departamento tiene mucho éxito, y los clientes son numerosos.

—No me sorprende —sonrió Donovan—. Yo me vuelvo loco cada vez que tengo que regalarle algo a mi mujer. Si hay un sitio así, que me lo soluciona...

—Es que... Bueno, la dependencia en ese departamento son todo chicas —tartamudeó Wendell—. Y claro... Bueno, son chicas muy bonitas, que son cambiadas con frecuencia y... Quiero decir que en lugar de citarlas por teléfono, como se hacía antes, pues... ellas están allí, reciben la cita de viva voz, y por la tarde, cuando salen de los almacenes, ellas... mmm... vuelven a encontrarse con el cliente, o sea que...

—Entendido —susurró Blansfield—. ¿Qué más?

—Bien... Luego, está lo de los grandes camiones que cruzan la frontera con Canadá. Ustedes saben que por Canadá entran muchos estupefacientes en Estados Unidos y...

—¿Nos va a hablar ahora de drogas?

—Sí claro. ¿No debo hacerlo?

—Hombre —exclamó Floyd—. ¡Ésta es buena!

—Claro que debe hacerlo —dijo Blansfield—. Debe hablar de todo, Wendell, y cuanto más hable, mejor.

—Bueno, es que yo sólo sé pequeñas tonterías, y que recibía órdenes de Potters, que hacía de mediador del señor Harrison.

—Muy bien, pues vaya diciendo esas pequeñas tonterías.

Charles Wendell, efectivamente, sólo sabía pequeñas cosas sobre los negocios de la ABC infiltrados en negocios cuya solvencia y acrisolada honorabilidad los ponía fuera de toda sospecha, así que terminó muy pronto su relación. Pronto y no demasiado bien, con una información más bien deficiente, pero... allí tenían un punto de

ataque contra la ABC. Por el momento, tenían donde buscar en los diferentes negocios de Sidney Harrison, y sobra todo, ya tenían una base para detener a éste y a Richard Potters, su vicepresidente.

—Muy bien —dijo Donovan—. ¿Varaos a por ellos, señor?

—Calma... Primero quiero a Potters. Y después que le hayamos apretado las clavijas, iremos a por Harrison... Id vosotros dos, tú y Floyd... Y nada de darle explicaciones que sirvan para ponerle en guardia.

CAPÍTULO IX

En verdad, de bien poco le podían servir las explicaciones a Richard Potters. Y no era menos cierto que él tampoco podría dar ya, jamás, explicación ninguna al FBI. Ni a nadie.

Si alguna vez Richard Potters se veía obligado a dar explicaciones, tendría que esperar el día del Juicio Final.

El agente del FBI, Floyd Daniels dejó caer la fría mano sobre el mosaico, miró a su compañero Phil Donovan, y movió negativamente la cabeza. Luego, los dos se quedaron mirando sombríamente a su alrededor. Richard Potters había vivido en una hermosa casa, con un espacioso salón, en cuyo centro yacía ahora, con el pecho manchado de sangre. Los dos

G-men

lo habían encontrado así, después de entrar por la puerta-ventana del jardín, que se hallaba abierta, y tras esperar en vano que alguien acudiese a la puerta a abrir.

Donovan señaló el teléfono, en silencio, pero Daniels denegó con la cabeza.

—No. Ya sé que no encontraremos luego nada, pero será mejor que llame desde el coche.

El inspector Blansfield dejó lentamente el auricular sobre la horquilla, miró a London, y luego su mirada quedó fija en Charles Wendell. Los dos habían estado antes contemplándole a él, expectantes, oyendo solamente sus «sí» o sus «no» y sin poder adivinar nada por la expresión de su rostro.

—¿Y bien, señor? —musitó por fin London.

—Lo han matado también.

El

G-man

se irguió vivamente.

—¿A Potters?

—Sí.

—Dios ¡Ya son doce!

Blansfield no apartaba la mirada de Charles Wendell que parecía haberse convertido en piedra.

—¿Se le ocurre algo, Wendell? —deslizó.

—¿Qué... qué? —Se atragantó Wendell.

—Han matado a Richard Potters. Y me pregunto si usted sabe algo de esto.

—¿Yo? —Palideció el hombrecillo—. ¿No creerá que yo...?

—Lo que estoy preguntándole es si usted habló con alguien antes de venir aquí, si notificó sus intenciones de venir a vernos. En fin, algo que pudiera haber hecho comprender a alguien que había que eliminar a Potters.

—Claro que no le dije nada a nadie. ¿Cree que estoy loco? Si hubiese dicho a alguien que pensaba venir aquí, no habría llegado vivo.

—Bien... Tiene que ser cosa de Harrison, claro. Le han ido matando a sus hombres. El ha tenido que ordenar la muerte de otros, usted no aparecía... Se ha visto obligado a eliminar también a Potters, que a fin de cuentas, era el que más podía comprometerlo.

—Todo esto es... horrible... Si hubiese sabido al principio que estas cosas tenían que suceder...

—¿Qué esperaba? —cortó secamente Blansfield—. Cuando se emprenden negocios sucios, todo es porquería por todas partes. ¿Por qué esperar encontrar algo bueno donde todo es malo?

London se puso en pie de pronto.

—Voy a por —Harrison —dijo muy pálido.

Blansfield movió negativamente la cabeza.

—No. Tú no, London.

—Pero...

—Dime una sola cosa: ¿sientes algo por esa chica, por la hija de Harrison?

London Biddiscomber sonrió amargamente.

—Puedo sobreponerme a todo, señor. No importa lo que sienta por Arlene Harrison.

—A mí, sí. Siéntate. No puedo negarte que permanezcas aquí, pues todo lo has iniciado tú, en definitiva. Pero serán otros los que

irán a por Harrison. Y esperemos que ya haya regresado a su casa. Daré las órdenes para que vayan a por él.

Efectivamente, Sidney Harrison había regresado a su casa, de modo que, sin dificultad alguna, fue detenido por los tres agentes del FBI enviados por Blansfield.

Apareció en el despacho de éste no poco pálido, pero sereno, tranquilo, dueño de sus nervios. Al menos, en apariencia. Al primero que miró fue a Charles Wendell. Luego, a London. Finalmente, se quedó mirando a Blansfield, comprendiendo quién mandaba allí al verlo sentado a la mesa.

—Espero —dijo sosegadamente— que podrán darme una explicación satisfactoria sobre mi detención.

—Haremos lo posible —murmuró Blansfield—. Siéntese por favor. ¿Se ha enterado de lo que ocurrió en la Sweet Cola, señor Harrison?

—Uno de mis criados me informó cuando regresé. Estaba pensando en lo que convenía hacer cuando llegaron sus hombres.

Blansfield asintió con la cabeza, y miró a los G-men.

—¿Ha opuesto resistencia?

—En absoluto, señor.

—¿Cómo han dejado a la señorita Harrison?

—Ella no estaba en la casa, señor.

—¿No estaba? —saltó London—. ¿Dónde está, entonces? —Miró a Harrison.

—No lo sé —negó el padre—. No tengo ni idea.

—Es muy posible que haya huido —sugirió Blansfield—. Si ella no sabe nada de sus negocios y se asustó, quizá esté...

—Mi hija lo sabe todo sobre mis negocios —cortó siempre con voz calmada Harrison—. Casi tanto como yo, porque suele ayudarme. Es mi más eficaz colaboradora.

—¿En «todos» sus negocios?

—Absolutamente en todos.

—¿Incluso en los de la ABC?

—No tengo nada que ver con esa sociedad. Desde luego, fui requerido hace algún tiempo para que formase parte de ella, pero me negué.

—¿Igual que Keller y Barrow?

—Sí.

—Pero a ellos los mataron, señor Harrison, y a usted no. ¿Se le ocurre por qué han respetado su vida?

—No.

—Es muy posible que su empleado Charles Wendell pueda hacernos alguna sugerencia al respecto.

Sidney Harrison miró directamente a Wendell.

—Pues que la haga —pidió.

—Muy bien. Si no le importa, sin embargo, seré yo quien hable. Estoy más acostumbrado a exponer los hechos, tengo más métodos... y no tartamudeo. Veamos...

Durante diez minutos, prolijamente, sin prisas, el inspector del FBI estuvo exponiendo los puntos, todas las conclusiones a que habían llegado, para finalizar con la muerte de Richard Potters, cuya notificación hizo palidecer a Harrison... Pero ni siquiera entonces dijo nada. No había interrumpido a Blansfield ni una sola vez.

—¿Y bien? —Cerró el inspector del FBI su explicación.

—No tengo nada que ver, ni he tenido nunca, con la ABC. Y menos, con la muerte de nadie.

—¿Entiendo que usted se niega a confesar, señor Harrison?

—No tengo nada que confesar.

—Piénselo bien... Tenemos a Charles Wendell, cuyas acusaciones ya conoce usted. Y tenemos el nombre de esos almacenes suyos, en uno de cuyos departamentos, mañana a primera hora podemos sorprender a sus chicas en su... negocio. Tenemos muchas cosas.

—Si tantas cosas tienen, no necesitan que yo mismo me acuse, ¿verdad? Hagan lo que quieran. Por mi parte, sólo voy a decir que jamás he tenido nada que ver con lo que usted ha explicado. Eso es todo.

—¿Cree usted que le estamos tratando indebidamente? ¿Cree que estamos haciendo abuso de autoridad, o algo así? ¿Cree que nos las hemos... ingeniado para atacarle, quizá?

—No. En su caso, yo haría lo mismo, teniendo en cuenta todas las circunstancias que conocen. Dudo mucho que Dick Potters tuviese algo que ver con la ABC, pero si así era, yo no tenía ni idea.

Y desde luego, jamás he dado órdenes algunas a nadie que implicasen el más pequeño delito.

—Va a ser usted un hueso muy duro de roer, señor Harrison.

—Más lo serán mis abogados. ¿Puedo llamarlos?

—Desde luego. Y mientras llegan, usted y el señor Wendell permanecerán cada uno en una habitación diferente, dentro de la Delegación. Nos esperan horas muy duras a todos.

CAPÍTULO X

Eran casi las cuatro de la madrugada cuando London Biddiscomber regresó a su apartamento desmoralizado y desconcertado. No sabía qué pensar. Y por encima de todo, le preocupaba Arlene Harrison... aunque quizá no tanto como Sidney Harrison.

Ciertamente, habían sido horas muy duras para todos, y asombrosamente, el que más firme había aguantado había sido el propio Harrison. No desfalleció ni una vez, ni un instante. Charles Wendell había sudado, gritado, temblado... pero Harrison no se alteró ni una sola vez.

London encendió la lámpara de pie, se dejó caer en un sillón y encendió un cigarrillo.

«¿Y si nos estamos equivocando? —pensó—. Podría ser todo circunstancial. Podría ser, en efecto, que Richard Potters estuviese trabajando para la ABC pero que Harrison no lo supiese, ni hubiese nunca...».

—Por fin has vuelto...

London Biddiscomber respingó, alzó la cabeza... y se puso en pie de un salto, dejando caer el cigarrillo al ver a Arlene Harrison en el umbral del dormitorio, cubierta únicamente por la chaqueta de uno de sus pijamas.

—¡Arlene! ¿De dónde sales?

—De tu cama... Te estaba esperando, pero me dormí.

—¿Cómo... cómo has entrado aquí?

—Tu portero me abrió. Dijo que de ninguna manera podía pensar nada feo del señor Bi... de ti, y me dejó entrar.

—Ya. Pero... ¿qué haces aquí? ¿Qué pretendes?

Ella se acercó, recogió el cigarrillo, lo puso en un cenicero, y empujó suavemente a London, obligándole a sentarse de nuevo. Luego, lo hizo ella, en sus rodillas, y apoyó la mejilla en el pecho

del

G-man.

—Que nos maten juntos, si acaso...

—¿Qué? ¿Pero qué dices?

Ella lo miró entonces, con los ojos muy brillantes.

—De alguna manera tengo que demostrarte la inocencia de mi padre en todo esto, mi amor.

—Escucha, Arlene...

—No, espera. Tengo, tanta seguridad en que mi padre nunca ha hecho nada malo, que aquí me tienes. ¿Dices que quiere que te maten? Bueno, pues que me maten también a mí.

—Vamos, vamos, Arlene.

—No lo entiendes... London, no entiendes que te amo de verdad, ¿di? ¿Verdad que no lo entiendes?

—Mira...

Ella le echó los brazos al cuello, y le besó, profundamente... London Biddiscomber se estremeció, primero. Luego, permaneció inmóvil, como si fuese de piedra.

—No importa —se separó ella—. Yo sé que todo esto terminará bien para nosotros.

—Lo dudo —murmuró sombríamente el

G-man.

—Yo no. ¿Crees que estaría aquí si dudase por un solo instante de la inocencia de mi padre? ¿Me arriesgaría a que me matasen? En lugar de eso, te pediría que nos fuésemos los dos, muy lejos.

—Lo que estás haciendo es absurdo. Primero, nadie va a venir a matarme. Segundo, si lo hiciesen no dispararían contra ti.

—¿Por qué no?

—Los hombres que viniesen te conocerían y...

—Los dos de la Sweet Cola no me conocían... ¿Por qué tendrían que conocerme los próximos asesinos? Además, sea como sea, yo acepto todas las consecuencias de mi actitud.

—Ten presente que quizá esta vez no sonase el teléfono para salvarte la vida, Arlene.

—Ya te he dicho que acepto todas las consecuencias. ¿Vamos a dormir?

—¿Qué dices?

—No seas tan terco, mi amor... —Ella volvió a besarlo—. Yo

creo que una mujer no puede decir más claramente las cosas.

—Arlene... ¿no lo sabes? ¿No te has enterado?

—¿De qué?

—Hemos detenido ya a tu padre.

—Oh, no —gimió ella, palideciendo.

—Sí. Hemos conseguido reunir... motivos suficientes para hacerlo.

—Motivos suficientes... ¿Qué motivos?

—Sería muy largo de explicar ahora... Creo que lo mejor es que te marches.

Arlene Harrison palideció aún más. Lo estuvo mirando fijamente unos segundos. Luego, se puso en pie, y desapareció en el dormitorio. London Biddiscomber también se puso en pie, y metió la mano en el bolsillo, en busca de los cigarrillos... Tocó un papel y lo sacó, extrañado. Ah, sí... Era la nota que le habían enviado firmado con el nombre de Charles Wendell. La leyó de nuevo distraído.

«Acepto. Venga a recogerme a Sweet Cola, y le dirá todo sobre Harrison.

»Charles Wendell».

Un gruñido, arrugó el papel, y se volvió dispuesto a tirarlo sobre la mesita... Se quedó petrificado en aquel movimiento. Ni siquiera parpadeaba. Quedó tan inmóvil, tan inmerso en sus pensamientos, que incluso le costó reaccionar cuando Arlene, ante él, sorprendida, le dio un tironcito de la solapa.

—London, que me voy...

—¿Qué?

La miró, como sobresaltado. Ella tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Adiós —dijo—. Cuando comprendas que...

—Comprender... Ésa es la palabra. Claro... ¡Claro, eso es!

—No... no te entiendo...

—Ven conmigo... Ven conmigo, maldita sea mi estampa.

Faltaba muy poco para las seis de la mañana cuando Charles Wendell despertó de pronto, y se enderezó en el sillón. Respingó al ver ante él, de pie, al gigantesco agente del FBI gracias al cual había

conseguido un trato que le resultaría favorable.

—¿Qué... qué ocurre? —exclamó.

London Biddiscomber acercó una silla, se sentó delante de Wendell y le tendió la nota.

—Era tan obvio que no me la había enviado usted, que era una trampa, que no se lo pregunté antes, Wendell. Pero dígame ahora, ¿me envió usted esta nota?

El hombrecillo la tomó, la miró, estupefacto, y movió negativamente la cabeza.

—No... Desde luego que no.

—Así lo creímos todos, ciertamente. Sin embargo, gracias a esta nota, yo acudí como un perfecto cretino a una trampa que pudo costarme la vida.

—¡Yo no...!

—Cálmese. Ya hemos admitido que no la envió usted. Además, hemos comprobado la letra con la de Morton Jarrell y Waldo Timberley, mis presuntos asesinos, utilizando papeles suyos que hemos encontrado escritos en sus apartamentos. Pues bien, la nota, no puede estar más claro, la escribió Morton Jarrell.

—Ah... Bien, entonces...

—Sin embargo, la nota le fue dictada por alguien, también estamos seguros de eso. Es decir, lo estoy yo.

—Bueno, pero... no comprendo. ¿Quiere decir que pudo dictársela Potters, o quizá el mismo Harrison?

—Verá... Expongamos las cosas con claridad; le dictaron la nota a Jarrell; éste la escribió, la enviaron por medio de cualquier muchacho que sabrían que más adelante no podría ser hallado, o que, en todo caso, describiría a un hombre que, como Jarrell, no tendría nada de particular, y... me esperaron. Dentro del almacén, dos hombres. Fuera del almacén, otro hombre... que fue el que se apresuro a llamar por teléfono a Jarrell y Timberley para decirles que la muchacha que estaba conmigo era la hija de Sidney Harrison, y que de ninguna manera convendría matarla. ¿Por qué? Pues porque, evidentemente, nadie creería que Harrison hubiese enviado a alguien que pudiese matar a su propia hija. La muerte de la muchacha implicaría que los asesinos no la conocían. En cambio, a mí me consta, me he asegurado por medio de la propia Arlene Harrison, que todos los empleados de su padre la conocen. ¿Me va

siguiendo?

—Sí, claro, pero...

—Espere. Sigamos, entonces, quedamos en que no había que matar a Arlene, porque nadie creería que las órdenes las había dado su padre. Había que dejar bien claro que todo era obra de Harrison... ¿No le parece absurdo esto?

—Me parece... que no entiendo muy bien esta parte...

—Sí, hombre. Por un lado, no matan a la chica para culpar a Harrison. Por otro lado, también quieren culparlo a él de mi muerte, pues pensaban dejarme allí, muerto, quizá en el despacho de la Sweet Cola. Todo habría culpado a Harrison, y si Harrison era culpable... ¿no era una absoluta majadería dejarme allí? ¿No habría sido mucho mejor sacarme en uno de los camiones, o en un coche, y hacer desaparecer mi cadáver? Dígame, Wendell; ¿no es eso lo que habría ordenado usted en el puesto de Harrison?

—Pues...

—¿O quizá usted mismo habría querido comprometerse?

—¡Claro que no!

—Entonces, semejante plan no podía haberlo tramado Sidney Harrison, ¿no le parece? Espere, hay otra cosa; los dos hombres que querían matarme para culpar a Harrison no trabajaban para éste, pero sí para los... directivos de la ABC. Por eso no conocían a Arlene Harrison. El hombre que había fuera de la Sweet Cola, esperando mi muerte, comprende que pueden matar también a la muchacha... Y rápidamente busca un teléfono, y llama al almacén, ordena que me maten a mí y me dejen allí, y se lleven a Arlene Harrison, viva, desde luego. ¿Cree que eso lo habría hecho Sidney Harrison? Yo digo que no. Es un hombre duro, un verdadero hueso —sonrió—. Pero, sobre todo, es inteligente. Haría las cosas bien, utilizaría hombres de su confianza para eliminar a un agente del FBI. ¿Y a usted le parece que dos hombres que gozasen de cierta confianza por parte de Harrison no habían de conocer sobradamente a la hija de éste? ¿Qué le parece?

—Lo que dice usted tiene sentido, claro...

—Entonces, quedamos en que Jarrell y Timberley no trabajaban para Harrison, ¿verdad?

—Bueno, no sé...

—Yo sí, trabajaban, como ya he dicho, para la ABC. Y el hombre

que esperaba fuera del almacén, obviamente, también. Posiblemente, como uno de los más importantes jefes de... ejecuciones de esa ABC. Ese hombre es el mismo que utilizó esta vez sí, a Carson y a Porter, empleados de Harrison, siempre para culpar a éste con la muerte de la señora Fisker...

—Espere, espere... Usted está hablando como si estuviese previsto que Carson y Porter fuesen identificados, señor...

—Es claro que eso estaba previsto... Estaba previsto que Carson y Porter serían identificados por el hijo de usted, Wendell. Pero cuando los encontrasen, los dos asesinos habrían sido ya eliminados; mi compañero Garvan les ahorró trabajo con Porter, pero a Carson hubo que ir a matarlo... después que él cometió la imprudencia de llamar por teléfono a alguien, diciéndole que estaba en tal sitio, que ya había llamado a un médico que conocía, y que necesitaría ayuda para escapar... Pues bien, en lugar de ayudarle a escapar, el jefe de esos desdichados fue allá, lo mató, y mató también al médico. ¿Me explico bien?

—Sí, pero... ¿Cómo podían saber que mi hijo identificaría a Carson y a Porter? Las intenciones de éstos eran matarlos, así que, ¿cómo podría luego identificarlos?

—No, no... Carson y Porter tenían órdenes de matar a Susy, pero no a su hijo, Wendell. Lo habrían herido levemente, tan sólo, y se habrían marchado. Ésas eran las órdenes. De otro modo, al muchacho lo habrían matado luego. Pero las cosas salieron bien, más o menos como habían sido planeadas por usted.

—¿Por mí? —Respingó Wendell—. ¿Está loco? He estado acorralado como una bestia que...

—No, hombre, no —sonrió duramente el
G-man

—. Qué demonios de acorralado. Usted se hizo esperar por Fisker y el desdichado jamás pensó que fuese usted a matarlo tranquilamente con su propia pistola, para que todos creyésemos que usted se había defendido y que se escondía lleno de miedo... Cuando lo cierto es que usted lo ha preparado todo, lo ha previsto todo para que la última persona de la que pudiésemos sospechar fuera usted. Seguramente, fue usted personalmente quien mató a la mujer de Fisker, y desde luego, a Carson y al médico... y Analmente, a Richard Potters. ¿Quiere que le diga por qué fue a

matar a Richard Potters antes de entregarse? Porque así, tal como ha hecho, podría decir que obedecía órdenes de Potters, quien a su vez, las recibía de Harrison. Con todo esto, y lo de describirnos cosas que ocurrían en los almacenes, ponía a Harrison en la picota... Lo de los almacenes, lo de esas chicas que luego se van con los clientes... debe ser verdad... pero Harrison lo ignora, por supuesto. Potters sí debía saberlo, ya que en la ignorancia de Harrison, se había encargado de montar ese «negocio», a la espera de que Harrison entrase a formar parte decididamente en la ABC. Pero esto no ocurrió. Potters y ustedes comprendieron que Harrison no cedería jamás. Entonces, puesto que también otros importantes propietarios de negocios habían rechazado aceptar las directrices de la ABC ésta ordenó su eliminación. Y el modo de hacerlo era asesinando a Keller y Barrow y culpando de todo ello a Harrison... ¿Quién habría de dudar de la culpabilidad de éste cuando se descubriesen los pequeños negocios sucios que Potters había montado en sus distintas sucursales? Nadie. Y así, se habría dado una gran lección a todos los comerciantes del Estado a cambio únicamente de perder los insignificantes ingresos que proporcionaban a Potters los establecimientos de Harrison. Para esto, para esta formidable realización, hacía falta un cerebro que dirigiese todo el asunto: usted.

—Está loco, de veras... Yo sé que iré a la cárcel por mi participación en lo de Barrow y Keller, y por haber, matado a Jack Fisker... ¿Cree que me habría arriesgado a todo esto? ¿Y cree que habría ordenado la muerte de la novia de mi hijo?

—Bah, la novia de su hijo... Usted tenía mejores planes para el muchacho. ¿Quién era Susy, vamos a ver? Una pobre chica, que, como su hijo y usted mismo por el momento, fió tenían donde cae: le muertos... ¿Qué importaba que ella muriese a cambio de que a nadie se le ocurriese sospechar jamás de usted? ¡Ya le encontraría una novia mejor a Johnny, cientos, miles de novias estupendas...!

—Supongamos que eso sea cierto —sonrió de pronto Charles Wendell—. ¿Le parece que puede haber alguien tan estúpido de meterse en este lío? Porque, supongo que no va a decirme que yo tenía la esperanza de no ir a la cárcel.

—Oh, sí... Pero incluso eso estaba previsto. ¿Había que ir a la cárcel un año o dos? Bueno, pues se iba. En primer lugar, no es tan

malo como parece, se está aceptablemente allí dentro. Luego, una vez allí, conocería tipos que le interesarían mucho para... reclutarlos cuando saliesen. En segundo lugar, su estancia en la cárcel serviría para que nadie se sorprendiese de que, al salir, nadie le atacase, ya que se supondría que, con la detención de Harrison, la ABC habría quedado deshecha. Sin jefe... Cuando lo cierto era que el jefe, tranquilísimamente, habría ido ensanchando los... negocios desde la mismísima cárcel, a salvo de toda sospecha. Todo el mundo creería que la ABC ya habría sido aniquilada, pero sería todo lo contrario: cada vez más grande, más poderosa... y ya, sin tener detrás, husmeando, al FBI, que se estaba poniendo muy pesado, pues habían llegado a Harrison, que no tenía nada que ver, pero se acercaba demasiado a Potters, que sí tenía mucho que ver...

—¿Dice que su especialidad es la criminología? —sonrió Wendell.

—Así es. Y no voy a dejar por tocar un tercer punto, Wendell: el de su permanencia en la cárcel durante un año o dos... Hace falta temple para eso. Usted parece un... hombrecillo insignificante, pero es todo un artista, me convenció incluso a mí, en todo momento, de que era un pobre hombre. Ahora, pienso que no... No. No puede ser un pobre hombre, sino un pez muy importante en ese podrido lago de la ABC. Pongamos... jefe de ejecutores y... uno de los más altos directivos...

—¿Algo así como... socio fundador? —rió Wendell.

—¿Por qué no?

—Y usted, ahora, por mi mediación, querrá saber todo sobre la ABC.

—Desde luego.

—Sí —recapacitó Wendell—. Usted no tendría dificultad alguna en hacerme hablar, aunque fuese a golpes. Lo sé... Tendría que decírselo todo, desde luego. Pero... simplemente, se ha equivocado.

—¿En qué?

—En todo. No ha dicho más que tonterías... y yo le he seguido el juego.

—¿Tonterías? Puedo probar todo lo que he dicho. Puedo probar que fue usted quien dictó la nota a Jarrell y de ahí, vendría todo lo demás. Y luego, a golpes, le sacaría lo que fuese, Wendell.

—Está perdiendo el tiempo. No puede probar nada.

—¿No? Muy bien... Lea otra vez la nota, Wendell. Léala detenidamente... ¿No le parece que tengo suficiente para estar segurísimo de que es usted el hombre que busco?

Wendell lo miró irónicamente.

—¿Está sugiriendo que esta nota me delata a mí?

—De un modo u otro, le delata. Léala bien... Sobre todo, la primera palabra: acepto... Acepta... ¿qué cosa?

¿Qué cosa podía aceptar Potters, o Harrison, si ellos hubiesen dictado la nota?

—No sé...

—¿No sabe? Bueno, mire, ellos podían haber recurrido a cientos de trucos, pero... ¿por qué a la palabra acepto? ¿Qué es lo que tenían que aceptar? Que yo sepa, nada. Y en cambio, esa palabra fue la que me hizo ir a la Sweet Cola como un perfecto imbécil... Solamente esa palabra, que, en mi subconsciente, estaba relacionada con usted, de donde se desprende que yo, ni fui cretino, ni nada parecido, sino que acudía realmente a una cita con usted, que era el único que podía decirme acepto, porque era el único al que yo había hecho proposiciones, al que ofrecí Un trato. Y al leer esa palabra... ¿quién sino usted podía ser el origen de la nota? ¿Por qué motivo podían poner otras personas la palabra acento? Por ninguno... Solamente usted podía hacerlo... Terrible fallo, Wendell. He tardado en comprenderlo, pero... Bien, aquí me tiene.

—Maldito sea —jadeó de pronto Wendell—. ¡Maldito perro que...!

Se abalanzó contra el

G-man,

pero, sin inmutarse, London se lo quitó de encima con un revés que lo tiró al suelo, se puso en pie, y fue a abrir la puerta. Blansfield, y tres agentes del FBI entraron, en silencio. El último cerró la puerta. Luego, los cinco hombres se quedaron mirando a Charles Wendell, que, tendido en el suelo, los contemplaba con expresión desorbitada.

Blansfield susurró:

—Sigue con él, London: tienes derecho a ese privilegio.

—Con mucho gusto, señor —de un zarpazo, London puso en pie a Wendell, y blandió el puño derecho, enorme, ante sus ojos—. Le voy a...

—No, no —chilló Wendell—. ¡No me peguen, les diré lo que quieran, les diré todo lo de la ABC...!

—Hombre —dijo secamente el inspector Blansfield, con una muestra de ácido humor—, el ABC ya lo sabemos todos aquí. Pero, vamos, nunca está de más escuchar a un tipo tan listo...

ESTE ES EL FINAL

—El señor Harrison lo recibirá inmediatamente, señor Biddiscomber.

—Gracias.

London Biddiscomber se sentó en uno de los sillones del antedespacho, pero ni siquiera tuvo tiempo de sacar los cigarrillos. El intercomunicador zumbó, la secretaria lo atendió, y luego señaló la puerta.

—El señor Harrison lo está esperando.

El agente del FBI entró en el despacho, cerró la puerta, y se quedó mirando a Sidney Harrison, que alzó la cabeza, y sonrió inexpresivamente.

—Siéntese, señor Biddiscomber —señaló un formidable sillón—. ¿Tiene quizá algo nuevo contra mí?

—No, señor. —London se sentó—. Nada. Lo cual celebro muchísimo.

—Ah... Espléndido. ¿Ya no me tiene ojeriza?

—Nunca se la tuve. Personalmente, usted me parecía una persona honrada, pero comprenda que... Bien, en el FBI hacemos un trabajo muy duro, y hay que aceptar lo que nos echen. Además, no somos adivinos, así que tenemos que ir aceptando las... evidencias.

—Entiendo eso. Mire, señor Biddiscomber, tengo siempre mucho trabajo que atender... Y como yo tampoco soy adivino, si me dice el objeto de su visita lo zanjaremos rápidamente. ¿Es algo relacionado todavía con la ABC?

—No, no... Eso ya quedó solucionado.

—Eso me pareció, por lo que he leído en los periódicos. ¿Bien?

—Emmm... Bueno, una organización sorprendente en estos tiempos, ¿no le parece? Parece cosa de viejos tiempos...

Sidney Harrison frunció el ceño.

—Viejos tiempos, nuevos tiempos... ¿Qué más da? En todos los tiempos ha habido canallas, asesinos y sinvergüenzas de todas clases... No creo que a esa clase de gente se la pueda situar en determinado tiempo.

—Cierto... Los viejos tiempos y los nuevos tiempos, en definitiva, son siempre los mismos. Hasta, que todos seamos honrados, los tiempos serán siempre iguales.

—Sí, sí... ¿Qué más?

—Me gustaría saber si me guarda usted rencor.

—¡En absoluto! Yo nunca guardo rencor a nadie. Y menos, a los que cumplen bien con su trabajo. En ese aspecto, no puede decirse que sea usted un fracasado, precisamente. Nada de rencor.

—Magnífico. Es que... había pensado casarme con su hija, señor Harrison.

—Ah, muy bien... Espero que tengan la delicadeza de invitarme a la boda.

—¿Entiendo que no tiene usted inconveniente?

Harrison soltó un bufido.

—Joven, eso debe preguntárselo a ella.

—Es que... no consigo encontrarla. Hasta luego.

El ascensor llegó, las puertas se abrieron, y el agente del FBI quedó con un pie en el aire, a punto de entrar. Por fin, lo hizo, quedando frente a frente a Arlene Harrison, que lo miraba, muy brillantes los ojos. Las puertas se cerraron, y London pulsó el botón de la planta baja. Entonces, se volvió hacia Arlene.

—¿No la conozco a usted de algo, señorita?

—No sé —sonrió ella.

—Me parece que la he visto alguna vez en pijama... ¿O no?

—¿En pijama? Pues... Lo dudo mucho, porque yo acostumbro a dormir con unos preciosos camisoncitos transparentes, muy cortos y escotados que...

—Eso sería digno de verse.

La abrazó de pronto... Cuando llegaron abajo y las puertas del ascensor se abrieron, todavía se estaban besando, y así estuvieron, ante la sonriente mirada de los clientes que habían estado esperando el ascensor... y que acabaron por recurrir a otro.

FIN

DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA
en sus series

**CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO**

las primeras ediciones
de las obras de

M. L. ESTEFANIA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 25 PTAS.

